

La Academia creyó que no era bastante indicar la interrogación al fin, sino conveniente ya desde el principio, y para esto propuso que pues al fin se acostumbraba poner el signo en esta forma —?—, al principio se pusiese el mismo pero inverso de este modo —¿— *Ortografía*, 1820.

En la práctica se han introducido algunos abusos, pues la Academia lo propuso solamente para los períodos largos en los cuales es necesario, pero ya se pone en preguntas de una ó dos palabras, en que no es necesario. —id., id.

Cuando hay muchas preguntas ó admiraciones seguidas, se pone el signo inverso antes de la primera, y el derecho al fin de cada una, pero empezando con letra minúscula la que sigue. —id., id.

La interrogación y la admiración declaran el tono de la pregunta, de maravilla, queja, énfasis ó encarecimiento. *Gramática*, 1870.

La interrogación y la admiración denotan lo que expresan sus nombres, y la segunda, además, queja, énfasis, encarecimiento. *Gramática*, 1917.

En algunos casos se pondrá nota de admiración al principio y de interrogación al final, ó vice versa, según la frase aparezca de admiración interrogativa ó de interrogación admirativa... Por ej.: ¡Que esté negado al hombre saber cuándo será la hora de su muerte? ¿Qué persecución es ésta, Dios mío! *Gramática*, 1870, 1874.

Hay cláusulas a que no conviene el signo de admiración ni el de interrogación exclusivamente, porque participan de uno y otro sentido. En tales casos habrá de ponerse nota de admiración al principio y de interrogación al fin, o vice versa... Hay cláusulas que son al par interrogativas y admirativas... *Gramática*, 1880, 1890, 1895, 1930.

No deben suprimirse los signos de interrogación y admiración al principio... El signo de principio da claridad a la expresión y no debe suprimirse, por imitar, con mal acuerdo, la ortografía de lenguas extranjeras que sólo usan el signo final. *Gramática*, 1913, 1917, 1930.

En latín y en otros idiomas solamente se usan los signos interrogantes y admirativos al final de la frase.

—E— La división o raya se pone al final del renglón cuando se promedia la palabra.

Al fin del renglón, cuando el papel no permite se acabe la dicción, es lícito el dividirla poniendo en la parte que queda imperfecta una rayita, que es reclamo con que se explica no

acabarse la dicción con las syllabas escritas, y faltar las del renglón siguiente para perfeccionarla. El método de dividir las palabras en esta ocasión es seguir el mismo que se tiene en el deletreo. *Diccionario*, 1726.

El guión se usa para separar palabras, y al fin de renglón después de la primera parte en que se divide la dicción. *Saavedra, le-er, frac-ción. Ortografía*, 1763, 1792.

Para separar las palabras se usa el guión, rayita horizontal, aunque algunos usan las dos rayas. *Ortografía*, 1820, 1826.

De los guiones, uno es señal de palabra incompleta o compuesta, y los otros de separación de palabras, cláusulas o párrafos... Los dos guiones se usan para dividir algunas palabras compuestas. *Gramática*, 1870, 1880, 1917.

Úsase también el guión en lugar del paréntesis. *Gramática*, 1870.

La coma, el paréntesis y el guión se usan promiscuamente para frases incidentales y separar ciertos miembros de la oración. *Gramática*, 1890, 1895, 1917.

La raya es signo de diálogo, o de separación de palabras, cláusulas o párrafos... Las dos rayas sólo se usan en las copias para denotar los párrafos que en el original van aparte. —id., id.

—F— En ocasión en que concurren dos ss o dos rr ú otra consonante duplicada, se deben escribir la una letra en el renglón primero y la otra en el segundo. Por ejemplo, *ac-ción, doctís-simo*... Este común precepto y uso se funda en que por lo general, quando hai esta duplicación la primera consonante se pronuncia con la vocal antecedente, y la segunda consonante con la vocal que le sigue. Por esta razón las dos ll se deben poner siempre en el renglón segundo, porque se pronuncian con la vocal que se les sigue. *Diccionario*, 1726.

La dificultad está quando la syllaba consta de dos vocales, como *fuego, viento, ausencia*... que son solo una syllaba compuesta de dos vocales... á las que Nebrija en su *Orthographia* dió el nombre de diptongos y Rengifo en su *Arte Poetica* el nombre de synéresis... No siempre que están juntas dos vocales forman diptongo... De esta diversidad nace la duda que hai en saber como se podrán dividir al fin de renglón estas dicciones que tienen en esta junta de vocales, para lo cual no es fácil dar reglas que no padezcan muchas excepciones. Tampoco se deben dividir aquellas vocales que juntas de tres en tres forman una sola syllaba. —id., id.

—Según las Reglas de Orthographia, por Antonio de Nebrija —Alcalá de Henares, 1517— el diptongo es ayuntamiento de dos vocales que se cogen en una sílaba y pronuncian en un acento... De estos, el Griego tiene seis, el Latín quatro, el Castellano doze.

Las palabras con consonante duplicada, v. gr. la s duplicada en los superlativos se dividirán poniendo la una s al fin de un renglón, y la otra s al principio del siguiente. As-sí, aman-tis-simo. Las dos rr y las dos ll se han de escribir siempre unidas á las vocales que se les sigue, por no ser letras duplicadas, sino signo particular de la especial pronunciación que tienen estas letras quando están dos juntas. Ortografía, 1741.

Las dos ll no son consonantes duplicadas. Pe-llejo, va-llado. Ortografía, 1763.

Las dos ll no son consonantes duplicadas, y aunque no falta razón para hacer lo mismo con la rr, sin embargo la práctica común es dividirla. Bar-ro, par-roquia. Ortografía, 1792.

La ch y la ll, letras simples en su pronunciación y dobles en su figura no se separan. Las dos rr se hallan en el mismo caso y debe cesar la costumbre de separarlas. Gramática 1874, 1880, 1895, 1917.

En latín se separan las consonantes dobles al dividir una sílaba. Vit-ta, mis-sus, ter-ra, pu-el-lae.

—G— El apostropho, del griego apostrophos, es una vírgula que se pone en la parte superior de algunas letras para denotar se omite otra que tocaba escribir y se confunde por la synalepha de la vocal que le sigue. Pero el día de hoy ha olvidado el uso esta nota... Es nota como virgulilla que se pone sobre la synalepha y la expresa y manifiesta. En español se supone pero rara vez se apunta, como de el, que escribimos del. Diccionario, 1726.

Los italianos y los franceses en el caso de la synalepha usan el apostropho, que es un vírgula ó coma que se pone sobre la consonante anterior a la vocal que se come por la synalepha de este modo. L'ame, L'anima. Y se pronuncia la l con el a. En la lengua española usamos con la boca la synalepha como se evidencia en el verso, pero en lo escrito no usamos el apostropho ni dejamos de escribir la letra. Ortografía, 1741.

Quando acaba en vocal una dicción y la que se sigue empieza también con vocal, usan los italianos y franceses del apóstrofo, virgulilla que se pone en la parte superior de la consonante anterior á la vocal que se omite para cortar la caco-

fonía. En los libros antiguos de nuestra Lengua, especialmente en los de poesía, se usó también el apóstrofo quando la vocal en que acababa la dicción era la misma en que empezaba la siguiente, pero después no ha tenido uso alguno, lo que se advierte solo para noticia. Ortografía, 1763, 1792, 1820.

Algunos, aunque pocos escritores españoles usaban antiguamente el signo llamado apóstrofo, que es una coma colocada a la mayor altura de los palos de las letras, para expresar la omisión o elisión de una vocal. principalmente en verso... Inútil parece advertir que tal uso no ha prosperado. Gramática, 1870, 1874, 1917.

Aunque no se ha llegado aún en las reglas de Ortografía a la perfección a que aspiran algunos gramáticos, es lo cierto que, en cuanto a la puntuación, el proceso se ha desarrollado normalmente según hemos observado en el ojeo de los libros mencionados, habiendo entrado en vías de mejoramiento y progreso desde que se organizó a principios del siglo XVIII la Real Academia para limpiar y fijar el idioma y darle esplendor.

AUGUSTO MALARET.

EL VOSEO EN LA ESCUELA

Nosotros, los maestros, que diariamente alternamos con los niños, ¿qué hacemos por mejorar su lenguaje? ¿Cómo les enseñamos a hablar? ¿Cómo les enseñamos a pensar? ¿Es nuestro vocabulario suficientemente rico? ¿Nos expresamos ante ellos con propiedad y belleza? ¿Tenemos en el fondo de nuestro espíritu, como pedía Ricardo Monner Sans, en los albores del siglo, "la aspiración de contribuir, aunque sea con debilísimo esfuerzo, a que suene por estas tierras puro, límpido y armonioso, el lenguaje más bello de los hablados por la Humanidad", o como quería su prologuista, el doctor Estanislao S. Zeballos: "El deseo de que en nuestro país se hable y escriba correctamente una lengua"?

No olvidemos que el alumno, por más pequeño que sea, admira el sonido de una palabra hermosa. En los grados superiores el niño siente el impacto de una palabra sonora. ¿Qué importante es leer en el aula bellas poesías, bellas páginas, aunque su significado no esté perfectamente comprendido!

El niño oye la poesía, percibe la armonía de las palabras de la misma manera que si escuchara un trozo musical. Lo siente en su espíritu.

El idioma nos une o nos separa. El Castellano es el verdadero lazo de unión con los países hispanoamericanos y la Madre Patria. Ha dicho Sarmiento: "Uno de los mayores bienes de que goza una Nación es la unidad del lenguaje de sus habitantes".

La unión maestro-niño se efectúa realmente sobre una base simple: el respeto mutuo. No existe, sabemos bien, una verdadera disciplina cuando ésta descansa en el temor que despierta la maestra sobre el alumno. ¿Cuál es uno de los factores de esa disciplina inteligente, duradera y efectiva? Ser mejores cada día, perfeccionándonos. Debe partir de nosotros el aliento.

Se ha dicho, con razón, que la Escuela es un amable taller, una deliciosa colmena, un fragmento musical donde todo tiene su razón de ser y donde cada pieza del engranaje tiene su motivación y su fuerza.

Somos los responsables de la educación de los niños, somos aquellos en quienes los padres confían el tesoro impoluto de la mente y el espíritu de sus hijos. Sin embargo, a veces no respondemos completamente a la confianza dispensada, pues hacemos fracasar, desde su nacimiento, el ansia de superación del niño, ese deseo de progreso, en comparación constante entre su hogar y el ambiente del aula. Debemos hablar como sus padres o mejor que ellos. Nunca peor. Ése es el drama del niño proveniente de un hogar culto que oye expresarse con ligereza a su maestro. Empecemos a mejorar al niño, inculcándole un vocabulario adecuado y un tratamiento feliz. El alumno es nuestro mejor juez y nuestro más fiel espejo. Un espejo que no engaña, ya que en él veremos nuestros errores y nuestras virtudes. Por tanto tracémonos un plan antes de comenzar el año escolar, no olvidando, con Arturo Capdevila, "Que quien cuida palabras, vigila ideas".

Este plan nuestro deberá tenernos, no como centro —el centro de la Educación siempre debe ser el niño— sino como modelos. Tratemos de merecer ese concepto. El concepto de modelo, para el alumno, es vastísimo. Abarca desde la corrección y pulcritud (con su dosis de hermosura y elegancia) en la presentación diaria del maestro, hasta la corrección y pulcritud en su actos y en su lenguaje.

Nos limitaremos a la corrección y pulcritud en el lenguaje. Ha dicho Américo Castro, "que el argentino culto se queja de su idioma deformado". Es cierto. Poseemos en la lengua hablada —y aun en la escrita— una suerte de peldaños, desde los lunfardismos que medran en el más bajo, hasta los cultismos del más alto, pasando por las formas más o menos arrabaleras, los gauchismos, palabras dichas al revés —jerga característica de ciertos suburbios de la Capital Federal sobre todo—, o de la corriente internacional más en boga.

Dominando esta baraúnda lingüística, se encuentra el voseo, forma bastarda de la segunda persona del plural de los pronombres personales.

Vos, segunda persona del plural, no se utiliza en nuestros días, "estando circunscripto a los casos en que se dirige la palabra a Dios, a los santos o a personas constituídas en dignidad, y en general en estilo elevado, especialmente en obras dramáticas" (Cuervo) o documentos oficiales donde la costumbre lo pide.

El erudito Bello, consiguió desterrar de las escuelas primarias chilenas, el voseo. Su obra lenta, pero efectiva, suprimió casi todos los dialectismos populares del vocabulario de la gente culta.

Ricardo Monner Sans, con su libro *Notas al Castellano en la Argentina* (1903) y años más tarde con *Disparates usuales en la conversación diaria y Barbaridades que se nos escapan al hablar* (1924), emprendió la tarea de depurar nuestro idioma, pero no hay duda, oyendo el estado lastimoso de nuestro vocabulario diario, que esos primeros disparos no dieron en el blanco y se perdieron lamentablemente, en el vacío.

¿De dónde nos ha llegado el voseo? Pulula en nuestro vocabulario corriente y en general, el argentino se encuentra casi a gusto con él. Es, sin duda, un hábito pesado, pero estamos tan acostumbrados, que sin él, nos sentiríamos como desnudos...

El voseo se utilizaba en España por los años del descubrimiento —se hablaba y se escribía— y pasó con los conquistadores, por cuyas venas corría la sangre de las más diversas regiones españolas, a nuestro continente. Dos zonas bien marcadas opusieron fuerte resistencia al voseo: México y el Perú. ¿Por qué? Pues porque eran las zonas más ricas en metales, en hombres, en cultura. Eran las únicas ciudades que podían copiar en un tono menor y con fisonomía propia, el arte y la pompa de la España conquistadora.

Durante el primer tercio del siglo XVI, "el uso vino a rebajar el valor del vos; vosear a una persona implicaba, cuando no un insulto, una íntima familiaridad" (José Plá Cáceres).

Si bien en tiempos de Cervantes, Hurtado de Mendoza, Quedo, el tratamiento de vos era ofensivo, no ocurrió lo mismo con el teatro del Siglo de Oro, pues significó tanto familiaridad como respetuoso acatamiento, utilizándole indistintamente los autores. Tal vemos en estos versos de Lope de Vega (*Fuenteovejuna*):

Esteban: (A Frondoso): En el dote, si advertís, se puede ahora tratar; que por bien os pienso dar algunos maravedís.

Frondoso: Yo dote no he menester/ deso no hay que entristeceros.

Y en la misma escena:

Esteban: (A Frondoso): Hijo, y en la traza/ del dote ¿Qué le diremos?/ Que yo bien te puedo dar/ cuatro mil maravedís.

Frondoso: Señor eso me decís?/ Mi honor queréis agraviar.

América lo conservó en diversas regiones, en otras sufrió cambios, algunas lo olvidaron. Observemos los párrafos siguientes de algunos escritores americanos: "—Si yo fuera pescador como vos, me gustaría sacar un bagre grandote". (Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*). "Se me presentó un negrote de Martinica: ¡Hola! me dijo ¿vos por qué te quedás aquí?" (José E. Rivera, *La Vorágine*). "—Es verdad—apoyó María Nieves. —Contá, pues ¿Qué has mirado?" (Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*).

El Uruguay ha vuelto al tú correcto, en tanto Buenos Aires, perdió hace tiempo su sabor de ciudad española, hundida en el alud de la inmigración.

Buenos Aires es la enorme boca por la que penetran todas las corrientes, quedándose siempre con el resumen de ellas. Nuestra Provincia, por consecuencia y no teniendo en cuenta los localismos, también recibe ese aporte. Continuamente han ido llegando los inmigrantes. Sangre nueva para tierra nueva.

Pues bien. ¿Qué elementos componen nuestro castellano hablado actual?

La base es el Castellano, la tela podríamos decir, pero los motivos ornamentales no son justamente flores: lunfardismos y jergas, palabras inventadas (no creamos neologismos de erudito nacimiento) por autores radiales, letras de canciones populares, giros "a la moda", según la corriente extranjera imperante (hace unos años fué la yanqui; hoy la italiana de los ademanes bastos y de los dialectos hablados en los cuatro

puntos cardinales de la bota ilustre), traducciones defectuosas elaboradas por quien traduce sin conocer perfectamente su lengua, etc. Los gauchismos —muchos, palabras antiquísimas que aun conservan la pálida luz del idioma mordido por los soles antiguos de España— deforman el idioma, pero no lo envilecen.

Ahora bien. ¿Qué papel desempeña la Escuela Primaria en este problema?

¿Qué podemos esperar de ella?

Podemos pedir que el maestro destierre el voseo de su vocabulario diario. El voseo incide en la disciplina del grado y aparte de ser una incorrección lingüística inconcebible en una persona que debe enseñar lo correcto, menosprecia al alumno. Necesario es que ese maestro, consciente de su responsabilidad, decida entre tú o usted para dirigirse a sus alumnos. Se verá, si se utiliza la segunda persona del singular, andando los días, que los niños no tendrán dificultad en el manejo de los verbos y se desterrarán muchas formas incorrectas.

Nosotros hemos observado dos formas de voseo: el voseo simple (vos comés, vos sentate) y el voseo que quiere ser culto (vos comes, vos siéntate) peor que el anterior.

Hasta ahora hemos hablado del voseo en la Escuela Primaria... pero ¿y en la Escuela Secundaria? Los alumnos de los colegios secundarios están en esa edad feliz en que todo se asimila. Su vocabulario es "riquísimo" en modismos, palabras, etc., de importación extraña y de nacimiento dudoso.

Por ello, los profesores —con más intensidad, lógico es, los de Castellano y Literatura, aunque la enseñanza del idioma debe ser ocasional— deberán corregir esas expresiones.

Ha dicho Monner Sans: "¿Lograremos ir desterrando poco a poco este vos? Bien puede ser, si en ello y predicando con el ejemplo, ponen especial empeño los profesores del Idioma Castellano". No podemos exigir lo que no practicamos, sin menoscabo de la disciplina. Dejemos, junto al voseo, la supresión de las s finales, la defectuosa pronunciación de la c delante de consonantes, los giros incorrectos, para dirigirnos a los alumnos.

La belleza de nuestra expresión, la corrección de nuestro vocabulario y por consecuencia el de los niños, quedará como saldo favorable, finalizada la tarea escolar.

"Aun por eso no os digo yo lo que otros hacen sino lo que yo procuro guardar, deseando ilustrar y adornar mi lengua".
(Valdés. *Diálogo de la Lengua*).

M. ANGELA SANGUINETI DE MARTINSEN.

LA IMPRECISIÓN, SINO FATAL DEL LENGUAJE

Viendo nuestra seguridad al hablar, nos choca que se hable de imprecisión e inseguridad del lenguaje. Los españoles pensamos, viendo la facilidad con que aprendemos la lengua materna, que no hay que aprenderla; y algún pueblo piensa al contrario, que la disciplina capital de su enseñanza debe ser el propio idioma, y aun piensan que su claridad mental la deben al continuo ejercicio de esta enseñanza, desde los deberes escolares hasta las altas especulaciones lingüísticas. Y este juicio no es infundado, porque el lenguaje, al fin, no es más que el pensamiento oral, y el pensamiento no es más que el lenguaje interior. Ni es infundado el esfuerzo de esta disciplina, porque bajo la aparente facilidad del idioma, es la disciplina más oscura y más difícil. Nosotros creemos nuestro idioma tan fácil, que lo damos por sabido, sin quebraderos en su aprendizaje. Y que es difícil y oscuro lo prueba que la historia del lenguaje es una historia de balbuceos y caídas, y que el lenguaje actual nos descubre su inseguridad esencial. Nosotros no haremos más que apuntar unos casos entre mil, y se verá que por razón de su mismo funcionamiento el lenguaje es la imprecisión y la confusión.

Bally realza que el fin único del lenguaje es entendernos; pero esto no puede tomarse más que como finalidad primaria, porque el fin a que debe aspirarse es a entendernos bien, claramente y bellamente, y esto no se logra sin un duro aprendizaje. Cada individuo debía afinar su propia lengua como el instrumento más precioso de su cultura, y cada pueblo debía guardar su propio idioma como su mayor tesoro, con más interés que el de su riqueza material. Por ser el lenguaje la imprecisión misma y la inestabilidad, todo el interés es poco para mantenerlo unido y perfecto. No quiere ser ésta una lección de pesimismo, sino una voz de alerta en los peligros del lenguaje. Como toda lección de la integral flaqueza humana, quiere ser a la vez lección de humildad, para que considere-

mos nuestras escasas fuerzas y nuestras constantes ocasiones de pecados lingüísticos. Como en las lenguas es posible mostrar sin escándalo los casos de posibles caídas, yo quisiera mostrar los pasos de oscuridad del lenguaje y los peligros constantes de caer en el error. Con ser tantas las faltas del lenguaje, todavía es consolador cómo no se cometen más en un camino oscuro y resbaladizo, donde la visión es siempre imperfecta y las cosas siempre confundibles. Viendo lo defectuoso de nuestro lenguaje, es asombroso cómo nos arreglamos con él para el comercio vital, y deberá asombrarnos cómo ingenios humanos con tan deleznable materiales han logrado levantar monumentos de eternidad más perennes que el bronce.

Inseguridad esencial del lenguaje

En el lenguaje la conceptualización se hace con datos incompletos, por un rasgo o un parecido, y esto origina en los idiomas su eterna vacilación e imprecisión, y con gran frecuencia su confusión. La imprecisión, la inseguridad y la inquietud son condiciones esenciales del lenguaje; y por estas condiciones sobre nuestra ansia de verdad y nuestras ilusiones de certeza está en todo momento pendiente la espada del error. Tenemos que operar en el lenguaje por parecidos y por aproximación, y el parecido nos lleva fácilmente a la falsedad. Nuestros triunfos en el lenguaje son premios consolatorios de aproximación. Como en otra ocasión hemos dicho, el vulgo tiene una fe ciega en la precisión del lenguaje y en la fijación de sus elementos, creyendo que las palabras se han impuesto con exacta propiedad. La masa de hablantes, sin esa fe ciega, descansamos en la idea de que hay una exactitud general en la expresión. Son los técnicos los que nos dicen que la norma general del lenguaje es la imprecisión, y el criterio normal es una amplia tolerancia para tomar por equivalentes los elementos semejantes. En efecto, una buena parte de las lenguas la constituyen elementos sucedáneos, que han suplantado a los legítimos por esa obligada tolerancia del lenguaje, que ha de conformarse con aproximaciones o parecidos.

VICENTE GARCIA DE DIEGO.
Lecciones de Lingüística española.
Editorial Gredos.

SEMÁNTICA DE LA EXPRESIÓN

El vocabulario es la principal fuente de la expresividad; en todo caso la mejor estudiada hasta el presente: El *Tratado de estilística*, de Bally es, ante todo, un estudio del léxico. Sobre el plano semántico descansa el problema de los efectos naturales y de los efectos evocadores de las palabras, además del de los cambios de sentido.

a) Los efectos naturales, ligados a la calidad de los sonidos y a la estructura de las palabras incumben a la fonética y la morfología.

Hay palabras motivadas fonéticamente, en las que existe un vínculo entre el sonido y el sentido. La forma de la palabra—breve o larga— contribuye también a darle un valor estilístico según que esté más o menos adaptada a su significación: "inmensamente", "majestuosamente", son palabras expresivas; por el contrario "compendiosamente", que significa en breve, en resumen, es tan inadecuada que se la ve corrientemente empleada en el sentido contrario.

Hay, del mismo modo, una motivación morfológica y un rendimiento estilístico de la derivación y de la composición.

b) Los efectos por evocación constituyen, por excelencia, el dominio de la semántica del estilo. No se confundirá la palabra y la cosa; no es un arcaísmo decir *bombarda* o *arcabuz* en un relato de las guerras de Italia, sino solamente cuando la palabra designa una máquina moderna.

Se tendrá en cuenta, para estados de lengua pasados, la evolución de los valores evocadores: tal arcaísmo moderno está desprovisto de valor expresivo en Molière y es sentido como un neologismo por Ronsard. Del mismo modo, tal palabra perfectamente neutra en un cuartel, puede tomar un relieve insólito en un salón.

c) Las figuras o cambios de sentido que afectan a las palabras son una de las principales fuentes de la expresividad; se sabe la importancia de los tropos en la antigua retórica.

Los problemas del origen lingüístico, psicológico, social de la metáfora, de su estructura lógica, de su rendimiento semántico y expresivo, han atraído en todos los tiempos la atención de los filósofos, sociólogos y estetas, como así también de los lingüistas.

Los estudios sobre las imágenes, símbolos, alegorías, sinestesias, en los diferentes autores, géneros y épocas, son innumerables; pero es claro que lo que nos falta actualmente es una definición, una clasificación y una teoría de los tropos. Cuando digo "nos falta", entiendo que tenemos ya una cincuentena. (Hedwig Konrad, *Estudio sobre la metáfora*).

El estudio de las figuras se encuentra en el centro de la estilística y se deberá distinguir en qué medida depende de la estilística de la expresión o del individuo, tales como ellas han sido definidas.

El problema de los orígenes de la metáfora, de su substrato psicológico, sociológico y cultural es del dominio del estilo propiamente dicho, estilo individual o estilo colectivo.

En el nivel de la estilística de la expresión, sólo se coloca el interrogante del rendimiento expresivo de las figuras.

El rendimiento puede ser afectivo en "arder en deseos"; puede apuntar efectos cómicos, grotescos, pintorescos, etc. Puede ser estético y literario.

Puede ser más o menos fuerte según que el cambio de sentido haya quedado más o menos viviente en la lengua: "pensar" (pesar), "tête" (pot de terre), no son más sentidos como metáforas; "arder en deseos", "un vuelo de bruma" no son más que débilmente motivados.

El problema de los tabús y de los eufemismos se relaciona con la estilística de los cambios de sentido: eufemismos de superstición, de delicadeza, de decoro, propios de ciertas épocas, de ciertas colectividades, como el lenguaje de los preciosistas.

La estilística de la expresión: conclusión. La estilística de la expresión es un estudio del valor estilístico de los medios de expresión; de los matices afectivos, volitivos, estéticos, didácticos, etc., que coloran la significación. Hay valores expresivos que traicionan los sentimientos, los deseos, el carácter, el temperamento, el origen social, la situación del sujeto hablante; y valores impresivos que traducen sus intenciones deliberadas, la impresión que quiere producir, valores particularmente importantes en la expresión literaria.

La estilística tal como la ha concebido Bally es puramente expresiva y no concierne más que a la comunicación vulgar y espontánea, con exclusión de toda preocupación estética o literaria. Por consiguiente, la estilística se extenderá al estudio de valores impresivos y a la expresión literaria.

Los valores estilísticos de la expresión (expresivos e impresivos), son la fuente de los efectos de estilo; unos son los efectos naturales, ligados a la naturaleza lingüística de las formas: sonidos, forma, etimología, estructura, etc.; otros son efectos de evocación, que manan de la asociación de estas estructuras con las situaciones y los medios que las emplean.

Los efectos de estilo postulan la existencia de variantes estilísticas de una pluralidad de formas susceptibles de expresar un mismo concepto, de donde resulta una elección de los usuarios y una especialización de donde la forma trae un efecto de evocación.

La estilística de la expresión no constituye una parte autónoma de la gramática relativa a un elemento concreto del lenguaje; es el estudio del aspecto, el valor extranocional (expresivo o impresivo) de los diferentes elementos de la forma gramatical: sonidos, palabras, construcciones.

La estilística de la expresión se sitúa en el plano de la lengua, si no de la lengua común al menos de un estado de lengua colectivo y gramaticalizado (lengua de la poesía, de la administración, de los ciudadanos, de los campesinos, etc.).

La palabra "deceso", por ejemplo, es del estilo administrativo; es comprobar un estado de hecho en la lengua: la palabra se emplea ordinariamente en la administración, considerada como una abstracción estadística; esto no presupone en nada el valor de la palabra en un contexto preciso, en boca de un individuo determinado, en una situación determinada, y que puede emplearla sea por ignorancia, sea por ironía, sea con algún otro fin particular; entramos aquí en el dominio del estilo individual, de la crítica del estilo.

PIERRE GUIRAUD.

La stylistique.

Presses Universitaires de France.

Traducción de Balbanera Raquel Enríquez.

BIBLIOGRAFÍA

MICHEL, PAUL HENRI, *De Phytagore à Euclides*. "Les Belles Lettres", París. 1950.

Esta obra de Paul Henri Michel, de vasta influencia educadora y científica, sintetiza y renueva la esclarecida labor de los historiadores modernos de las matemáticas griegas: Gaston Milhaud, Paul Tannery, Abel Rey, Cantor, Allman y tantos otros sabios eminentes. Estudio del desarrollo de las matemáticas griegas anteriores a Euclides, lo es también, naturalmente, de su estética, ya que —como dice el autor—, los griegos veían en el número una de las raíces de la belleza.

En las advertencias preliminares, en las que indaga con lúcida erudición los orígenes de la ciencia griega y la noción de ciencia, se pregunta al comienzo: "¿en qué medida los griegos han heredado su ciencia de los asiáticos y los egipcios?", para llegar a la razonada conclusión de que un abismo separa las matemáticas griegas de los asiáticos y egipcios.

La ciencia griega se presenta desde sus orígenes como "una explicación del universo", y por este medio se eleva al concepto. "Si es cierto —aclara Michel— que los geómetras egipcios fueron primeramente agrimensores obligados, después de las crecidas, a restablecer los límites borrados de los campos, y que los calculadores babilónicos fueron ante todo astrónomos atentos a prever el retorno de los fenómenos celestes, se puede decir (y se ha dicho) que la ciencia egipcia es, como el Egipto mismo, un don del Nilo, y la ciencia babilónica un don del cielo".

El autor sostiene que "por sus primeros esfuerzos, la matemática griega tiende a separarse de la práctica, tendencia nueva, aun contrariada por hábitos milenarios, pero que se afirmará cada vez más y asegurará el progreso ulterior del pensamiento científico". Asevera con esto la afirmación de Rey, cuando expresa que en la geometría de Tales, por primera vez, la atención "se dirige, deliberadamente, a las líneas y no a las medidas numéricas". De esta manera trata de aislar el hecho matemático para darle valor en sí mismo, otorgando así a la matemática griega su carácter de reflexiva e intuitiva,

ya que fué una matemática de filósofos, que discutían sus principios y criticaban sus propios métodos.

Con sabiduría apasionante, si cabe la pasión en la exposición científica, estudia Michel en densos capítulos en los que no hay investigación que no conozca, discuta, acepte o aclare, los orígenes de la matemática griega, con sus tres períodos —helénico, alejandrino y romano—, y desarrolla con importantes referencias su íntegra historia, en lo que permiten los documentos; trata la sucesión de las escuelas desde los jónicos, Pitágoras y sus discípulos, y abarca los sofistas y megáricos, los atomistas, y en ascendente sucesión llega a la escuela peripatética. Ofrece un erudito catálogo analítico de los matemáticos griegos, desde Tales de Mileto a Euclides; ahonda los temas de la aritmética pitagórica y los analiza y dilucida con amplitud y sagaz eficiencia. Lo importante es la rigurosidad con que se ciñe al plan previamente trazado, sin que el aparato crítico exagere, en momento alguno, el imponente trabajo intelectual requerido para armonizar pacientemente las diversas partes de la composición.

El tema de los irracionales y la noción de irracionalidad, con la irracionalidad del cuadrado del 2, se desarrolla desde su descubrimiento pitagórico hasta Euclides, con un estudio especial de los textos platónicos, para afirmar la noción de irracionalidad en el Hipias Mayor, Epinomis y el libro VII de las Leyes.

Completa el libro el ensayo crítico y estético acerca del "número de oro". Imposible será seguir en una nota este célebre tema de la "proporción dorada", del que tanto se ha escrito. Bástenos ilustrar el coronamiento de los matemáticos griegos que van al descubrimiento de la belleza, repitiendo casi literalmente el final de esta obra capital y admirable: "Hemos reconocido, dice Michel, en la matemática griega —arcaica o clásica—, una manifestación del genio griego".

Así como la ignorancia total de Homero, de Platón o de Fídias, nos daría una visión incompleta del saber helénico, es imposible estudiar la antigüedad griega, desconociendo la obra de sus matemáticos, de su ciencia "no solamente útil sino también necesaria, y sin la cual es imposible ser perfectamente feliz".

BALBANERA RAQUEL ENRIQUEZ.

LEN HOWARD, Los pájaros y su individualidad. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1955.

El Fondo de Cultura Económica de Méjico ha editado en su colección de Breviarios, una obra plena de encanto que nos introduce en el mundo de los pájaros; mundo que la autora ha estudiado muy de cerca y apasionadamente durante once años. En la campiña de Sussex, al Sur de Inglaterra, donde fué a vivir con este objeto, observó día a día el modo de vivir y reaccionar de estos bellos seres y ha llegado a conocerlos y a intimar con ellos, a descubrirlos en su variedad y en la individualidad de cada uno. Su gran cariño hacia los pájaros hizo que se acercaran naturalmente, sin temor y sin desconfianza; y al mantener una relación tan estrecha, nuestra autora pudo distinguir sus diferentes expresiones, sus modales y posturas características. Todos esos conocimientos, todas esas observaciones, las ha anotado prolijamente y declara que son todas estrictamente exactas y procedentes de la observación desde muy cerca y cuando se hallan en libertad. Ese caudal de anotaciones nos lo presenta en este libro, recomendable especialmente para los niños, que necesitan quien les enseñe el camino de amor hacia los pájaros, delicadas joyas que la naturaleza nos presenta a cada paso.

La primera parte de esta obra está dedicada a observaciones de carácter personal acerca de la conducta de los pájaros, que la autora califica de *inteligente*, e ilustra este concepto con numerosos ejemplos: "Los pájaros son tan sensibles que aprenden en seguida lo que está prohibido y lo que está permitido, aunque no vacilan en desobedecer cuando se les vuelve la espalda". "Normalmente mis mirlos se muestran muy severos en relación con la defensa de sus fronteras, quizá más que de costumbre, debido a la enorme popularidad de mi jardín. Pero las sensatas excepciones parecen probar que esta clase de conducta no es del todo automática, como sostienen algunos ornitólogos, sino que está regulada de modo racional". Les atribuye también una memoria excepcional: "Esto explica tal vez que algunos pájaros viejos, enfermos o inválidos aparezcan en mi puerta y me sorprendan viniendo a posarse en mi mano. Yo los olvido pero a ellos les sirve bien la memoria cuando necesitan ayuda".

Tras detenidas observaciones, la señorita Howard dice haber descubierto que los pájaros no tienen dificultades para reconocerse y recordarse entre sí y demuestra que pueden distinguir también a los seres humanos, aun desde lejos, pues los ha visto volar a menudo a través de los campos y los caminos para encontrarla. La indumentaria no influye en su capacidad para reconocerla. "Vigilan todos mis movimientos —dice— y he observado que mis preparativos les dan con frecuencia la clave de lo que voy a hacer". Los pájaros aprenden rápidamente con la experiencia, lo cual es prueba segura de que sus actos están guiados por la razón. Nos habla también de las travesuras de sus pájaros, de su ingenio para procurarse alimento, aun cuando esté encerrado en cajas; de su manera de impedirle escribir, golpeándole la cabeza, parándose en su hombro y hasta tirándole del pelo y pellizcándole las orejas; uno de ellos "se pasea sobre mi hoja de papel y levanta con cuidado mi pluma, mirándome al hacerlo".

Uno de los más grandes goces que puede proporcionar la vida en común con los pájaros, es el de aprender a conocer las expresiones de sus ojos y la contextura y los colores de su plumaje; pues "los reflejos de la luz prestan a cada uno una infinita variedad de matices".

La primera parte del libro se completa con varios capítulos dedicados a las biografías de pájaros; en ellos estudia detenidamente las costumbres de las diversas especies. Son dignas de citarse por lo interesante y minuciosas, las notas dedicadas a la época de cría de los paros; las peleas por conservar el terreno, la construcción de los nidos, la manera de reconocer cada pájaro su cría, los diversos tonos en las llamadas de los polluelos. ("Podía distinguir las distintas crías por sus voces e inflexiones en las llamadas de los polluelos, pues cada cría volantona tiene algún rasgo característico en el grito o la llamada, en la calidad tonal, la elevación, detalles de expresión rítmica o la velocidad con que repite las notas que constituyen la llamada del hijuelo"), el vuelo, la alimentación de los pajarillos, etc.

Refiriéndose luego a otras especies de pájaros alude a sus juegos, en los que emplean mucho tiempo, sobre todo cuando son pequeños. Es especialmente hermoso y delicado el párrafo que dedica a los juegos de las golondrinas. "Vi entonces a una golondrina lanzarse hacia el suelo y elevarse de nuevo con una de esas plumas sujetas en el pico y, girando sobre las otras golondrinas, dejarla caer. Al flotar la cogió una de las

que volaban en círculo, y entonces se elevó por encima del resto y la soltó de nuevo para que flotara a través de las nubes de pájaros. Esta vez casi llegó al suelo; luego una golondrina bajó en círculos con gracioso movimiento y rápido batir de alas, y se elevó con la pluma para soltarla una vez más. En ocasiones su caprichoso juguete caía sin que nadie lo cogiese; quizá estaba demasiado ajado para usarlo aún; entonces una golondrina se lanzaba a la yerba, cogía otra pluma en pleno vuelo y el juego seguía su curso igual que antes. Era bonito verlas jugar así entre las lomas, con un fondo de llanuras salvajes y muy lejos la niebla azul de un mar distante que se fundía con el azul más profundo del cielo".

El capítulo VIII, último de la primera parte, está dedicado especialmente al estudio de la psique de los pájaros, cuyos caracteres e inteligencias varían según los individuos y las especies. Los pájaros manifiestan mucho las emociones, especialmente el miedo. El más leve temor altera su conducta natural y se manifiesta en la cautela con que obra. Sus oídos y sus ojos vigilan constantemente y reconocen por la vista o el sonido cualquier cosa sospechosa. Tienen diversas maneras de manifestar el miedo: la rigidez en la postura, el frecuente volver la cabeza, etc. Sin embargo dan pruebas de gran valor en los peligros y dificultades de su vida, de manera especial cuando protegen a los pequeños; y "esta valentía es doble porque, sienten y advierten el peligro". Pero la conducta de los pájaros depende en gran parte del carácter de cada uno y estas diferencias individuales han de tenerse en cuenta si se quiere entender su psique.

Len Howard insiste también en la idea de que los pájaros poseen un lenguaje que satisface sus necesidades, que tienen sus diversiones y juegos y que han desarrollado el canto y lo utilizan como medio de expresión, así como el vuelo.

En la segunda parte del libro, dedicado íntegramente al canto de los pájaros, la autora anota la influencia que el ambiente tiene sobre ese prodigio que es el canto. Cuanto más se escucha su música, reuniendo datos y entendiendo su lenguaje musical, mayor belleza se encuentra en ella. Y si se tiene en cuenta que los pájaros son muy impresionables, se podrá apreciar que son muy sensibles al ambiente que los rodea. Esencialmente la luz que marca el tránsito entre el día y la noche favorece la expresión por medio del canto: cuando empiezan las estrellas a desvanecerse se inicia el coro del amanecer; pero es en el atardecer cuando la melodía tiene un tono más sereno, de acuerdo con la belleza y la paz de la hora.

Sigue luego un capítulo de análisis de la técnica en el canto de los pájaros que le ha permitido distinguir las complicadas melodías, variedad por variedad, demostrando así su extraordinaria intuición musical. Por último analiza minuciosamente el canto de los pájaros: pasan en emocionante desfile los silvidos y los tordos; los paros en sus diversas variedades, los pinzones y los alfareros. La almendrita le trae recuerdos y visiones de la infancia; el mirlo posee, además de voz bellísima y madura, genio creador (nos cuenta que uno de sus mirlos compuso la frase inicial del Rondó del Concierto para violín, de Beethoven); el ruiseñor, aunque canta también de día, necesita para su canción el misterio de la noche y es cuando ella ha alcanzado quietud y belleza cuando se oye la nota prodigiosa que parece surgir de la poesía nocturna; el petirrojo tiene un estilo musical romántico y bastante florido que puede sonar amenazador, insultante o triunfante en las disputas territoriales durante el otoño; la curruca de cabeza negra canta sus claras notas plateadas hermosamente entretejidas, logrando maravillosos efectos. Escuchar los trinos del zarcero sin ver el vuelo que los acompaña es como "oír las canciones de Schubert sin el acompañamiento del piano del que depende la belleza de la parte vocal"; los carboneros mayores tienen una infinita variedad de canciones y notas para sus charlas y están llenos de inventivas, aunque a veces se empeñan en hacer magníficas imitaciones de otras especies; el cuco canta su nombre en cualquier intervalo, desde uno de segunda a uno de quinta; el pinzón real tiene tonos dulces bellísimos y el contemplar a "este pájaro delicioso mientras silba su canto llano constituye uno de los auténticos goces de la vida". La canción del jilguero es su propia imagen musical: ligero, rápido y espontáneo de movimiento, vivo y jovial en su efecto; la alondra parece pertenecer más al cielo que a la tierra pues su canto carece de fervor cuando canta cerca de ésta.

Después de leer todas estas observaciones llenas de comprensión y amor que Len Howard nos hace llegar, sólo nos resta preguntarnos con sus propias palabras: "En este mundo mejor que se está proyectando ahora para las generaciones futuras, ¿seguirá siendo tan raro el ver a los bellos pájaros silvestres posarse sin miedo en las manos humanas?"

Este Breviario incluye varias fotografías en negro y está brevemente prologado por el biólogo Julián Huxley.

HAYDEE C. BLOTTO.

VÍCTOR TAU ANZOÁTEGUI. Orígenes de la enseñanza primaria en la campaña de Buenos Aires (1722-1810). Buenos Aires, 1952.

La preocupación por el desarrollo intelectual de niños y jóvenes determinó, que desde mediados del siglo XVIII, se crearan en nuestro país algunas escuelas primarias donde se enseñaban los conocimientos elementales y los principios de la religión cristiana.

Víctor Tau Anzoátegui revive esa primera época de la vida de nuestra patria y da a luz un ensayo que bajo el título de Orígenes de la enseñanza primaria en la campaña de Buenos Aires, permite lograr una clara visión del panorama educativo del país hace doscientos años, cuando recién estábamos en los primeros albores de nuestra existencia.

Aparte de los méritos que reúne este trabajo, ofrece gran interés, pues el autor ha demostrado con él, que no fué solamente en la capital del Virreinato donde se observó ese movimiento educativo, sino que el mismo abarcó también gran parte de la campaña argentina.

Por eso en este ensayo se mencionan por orden de importancia, los pueblos en los cuales alcanzó mejores resultados el interés por la fundación de escuelas primarias. Lugar preponderante debemos acordarle a Luján —Fortín de la enseñanza la llama el autor— porque verdaderamente la educación primaria alcanzó allí un desarrollo excepcional; la cantidad de niños que acudía a la Escuela Real era notable. Abnegada fué la actuación de esta Villa que sacó de sus fondos propios para pagar a los maestros, y grande su preocupación para elegirlos. Se luchó contra la ignorancia y contra la pobreza y después de muchas vicisitudes logróse implantar la enseñanza gratuita, que permitió a todos los niños el acceso a las aulas.

La escuela de Rincón de San Pedro, anexa a un convento, fué otro baluarte de la enseñanza en la extensa campaña bonaerense. De gran influencia en las antiguas secciones de la provincia de Buenos Aires: San Nicolás, Pergamino, Barradero, su existencia fué duradera y fecunda.

En el Norte de la campaña las escuelas públicas fueron posteriores a la Revolución, pero eso no impidió que se impartiera la enseñanza cristiana y política por los curas de las parroquias y por los maestros particulares.

Antes de 1810 fueron las autoridades hispánicas las que pensaron en instruir, en formar a esa juventud vibrante de energía para que en un futuro, no lejano, sea el sostén poderoso de la Patria. Más tarde, nuestros próceres continuaron, aún con mayor celo y abnegación, esa obra grande y divina, esa obra sagrada de enseñar.

Diffícil es comenzar, y cuando se encuentra un camino erizado de obstáculos, más difícil aún es continuar. Sin embargo se luchó y se triunfó. Ya en 1722 existía la primera escuela en Luján; se hizo la luz en la campaña argentina, luz que alumbraría a millares de niños para encender en ellos, con su fulgor dorado, bellas inquietudes, ansias de saber. Obra tan grande es digna de recordarse; así lo ha entendido y así lo ha hecho en este ensayo Víctor Tau Anzoátegui. Por tratarse de un estudio juicioso, detallado e intensivo, ha recibido merecidamente el premio "Enrique Peña" 1951.

MABEL CLELIA ELIGGI.

ROGER GODEL. Ensayos sobre la experiencia liberadora. Hachette, 1955.

Médico y psicólogo, Roger Godel se nos revela también en esta obra como agudo analista de los fenómenos del espíritu y eminente conocedor de las diversas teorías de índole mística que integran el panorama intelectual del hombre moderno. Los Ensayos sobre la experiencia liberadora que comentamos, lejos de mantenerse en el plano de la especulación puramente científica, abordan directamente los temas más apasionantes de la psicología e ilustran con sencillez y claridad las múltiples sollicitaciones que debe enfrentar la mente humana en la búsqueda de lo Absoluto.

Ateniéndose exactamente a los términos, Godel explica primero lo que entiende por "liberación", es decir, desligamiento de las circunstancias exteriores a que está condicionado el hombre, destrucción de los vínculos que lo atan a sus órganos funcionales, supresión de las emociones que lo identifican con sus sucesivas personalidades; en una palabra: con su "historia". Una vez establecido lo anterior, el doctor Godel pasa a ilustrar sus asertos presentándonos un ejemplo viviente del hombre "liberado": los jivan-muktas, o sabios "des-

ligados", cuyas asombrosas teorías estudió detenidamente en la India. Los jivan-muktas se diferencian de los yoguis tradicionales en que estos últimos alcanzan el estado de conciencia real de modo intermitente, y logran sus experiencias místicas por medio del samadhi, o éxtasis, mientras que en los primeros se produce una transformación fundamental y duradera del ser, cuya conciencia trascendente está desprovista de contenido intelectual o de imágenes y en la que pierden su valor las nociones de tiempo y espacio. La búsqueda de lo Absoluto de los jivan-muktas está más allá del samadhi, o estado comparable al de nuestros místicos occidentales, que los primeros condenan como una suerte de "exhibicionismo íntimo" en el que se pierden preciosas energías convertidas en siddhis (fenómenos).

En su análisis de la compleja estructura de la psique, el autor no deja de señalar la ley de los contrarios, o teoría de la complementaridad, según la cual toda sollicitación interior o exterior provoca en el hombre una doble reacción, de polos opuestos. Este mecanismo inductor que suscita en nosotros una dualidad es fácilmente advertible en los niños, cuyas flagrantes contradicciones desconciertan al adulto. Godel hace hincapié en ese fenómeno del cual deriva la esclavitud del hombre "no-liberado", y sujeto por lo tanto a esa tiranía de los contrarios que lo mantiene prisionero de los reflejos y de las antítesis provocados por los estímulos exteriores a su "centro trascendente".

Como ilustración de ese peligroso y fascinante "descenso a los abismos" del yo verdadero, el autor nos relata las experiencias vividas por los rishis o sabios hindúes que desde tiempo inmemorial practican la ofrenda de su "ego" en procura de la identificación con el Uno inmutable. Ese pavoroso viaje hacia el "centro", que pocos han llevado a feliz término, ha sido exaltado en innumerables narraciones, tanto orientales como occidentales. Lo hallamos en las leyendas antiguas y aun en los relatos relativamente modernos de la Edad Media, en los que esforzados caballeros deben sortear toda clase de peligros para rescatar un símbolo sagrado: la Espada, la Piedra, el Graal. Pero este afán de posesión implica también una entrega de sí mismo, un sacrificio voluntario que no puede consumarse sin amor. Godel dedica a este complejo sentimiento del alma humana uno de los mejores capítulos de su interesante obra. Recorriendo toda la escala de fenómenos que pone en juego el amor, analiza sus más primitivas mani-

festaciones en los organismos monocelulares, su desarrollo entre las diversas especies animales y finalmente, su culminación en el hombre. Es así como, independientemente de un aparato puramente dialéctico, el amor, en su más sublime expresión, puede ser fuente de conocimiento, ya que hunde sus raíces en lo más recóndito de la vida: "La experiencia liberadora —dice Godel— no puede cumplirse sin que intervenga, paralelamente al don del intelecto, una adhesión entera de la sensibilidad, y así en respuesta a un llamado insistente y sutil del campo interior, se conmoverá la psique".

Completan el volumen, que prologó Mircea Eliade, una serie de notas y numerosas referencias bibliográficas, de indudable utilidad. Finalmente, a través de la prolija labor de investigación del doctor Godel, fluye un singular atractivo, producto del enfoque poético con que el autor trata los diversos temas de la obra. Por todo ello, los "Ensayos sobre la experiencia liberadora", hallan un doble valor como libro de real interés y sugestiva amenidad.

La versión castellana corresponde a Ricardo Anaya.

ENRIQUETA MUSIZ.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

MÚSICA Y EDUCACIÓN

¿Podemos avanzar con paso certero, pertrechados de postulados válidos en el campo de lo educativo musical? La experiencia nos da una respuesta tajante y dolorosa: tales postulados no existen porque aun hay que formar al pedagogo musical.

Lo que oprime el corazón del auténtico Maestro de Música es presentir que los principios de su hacer pedagógico están insertos en el alma del Hombre y de la Música y que aprehenderlos en toda su profundidad sería develar el misterio de lo humano y de lo divino.

Pero el artista es el rebelde auténtico, el que tiene clavado el acicate de la liberación: la atracción del enigma es más poderosa que su oscuridad. Si a ese potencial energético como

condición genérica del artista sumamos la especificidad de ser Músico y Maestro, podemos brindar por anticipado nuestra fe en favor de la búsqueda de tales principios.

El amor como raíz común de toda actividad. — Vivir es para el hombre redimirse, conquistar su libertad. Está arrojado en el tiempo y aspira a realizarse en eternidad. Se lanza a través de "su" tiempo, que es su vida, para redimirse de su pobreza, de su carencia y de su insuficiencia.

Su primera y fundamental obra de arte es construir la propia vida con lo poco que le es dado: un esquema, una proyección y un haz de fuerzas.

Este ascenso se realiza a través de lo bello, como por su medio físico capaz de despertar la actividad que se encuentra detrás de toda energía humana.

La Belleza es el señuelo que despierta el amor y el amor es la categoría existencial del hombre y por lo tanto de la perfección que es capaz de anhelar, alcanzar y poseer. Nuestro ser está perfilado por nuestro amor, que nos modela. La obra del amor es vivir para realizar la vida. La fuente vital del hombre es su fondo de amor. El amor es la mediación activa entre la conciencia del bien ausente y la plenitud reflexiva de su posesión.

Entre estos dos extremos tiene que existir un momento creador que permita pasar del no poseer a la satisfacción refleja de lo poseído.

En el plano existencial el acto de amor es un acto de vida y de concreción; está dirigido a objetos o cosas, pero éstas no lo frenan en su empuje. El hombre alcanza su ideal en el dinamismo del amor que lo arrastra fuera de las barreras de lo sensible. El amor ordena y jerarquiza todos y cada uno de sus actos que son el resultado de las dos fuerzas de las que por primera vez nos habló Aristóteles: conciencia y apetencia. Estos dos polos antinómicos del ser se unen en la música.

La experiencia musical como acto puro de la conciencia. — Los filósofos de todas las civilizaciones han reconocido el privilegio de la experiencia musical sobre cualquier otra experiencia, intentándose desde épocas muy remotas ordenar el alma del hombre según las leyes del universo a través de lo musical que las refleja.

Recorriendo diversos sistemas metafísicos descubrimos que sus autores no han calado hasta el alma misma de la música para desentrañar su enigma. Por el contrario, la han sometido a sus fines racionalistas y así la vemos apuntalando las matemáticas de Platón, el intelectualismo de Leibniz, el volun-

tarismo de Schopenhauer. En la complejidad del fenómeno musical cada sistema enfoca uno o más aspectos del total, en detrimento de los restantes.

Todos concuerdan en que sus poderes son de naturaleza metafísica y que ella expresa la verdadera filosofía. Pero ¿cuál es su esencia? Sólo podrá ser develada si nos sumergimos en su propio fondo, sin recurrir a ningún sistema metafísico. En su propia factura encontraremos el punto de partida para construir una estética autónoma.

"El misterioso poder de la música reside fundamentalmente en su coincidir con nuestra subjetividad... (ésta) no es solamente el dominio de las pasiones, sino también y sobre todo aquellos actos por los cuales el sujeto se autodomina al dominar el tiempo y hace del tiempo el cómplice de su actividad creadora.

"Maestro del tiempo, el arte musical es maestro de nuestra alma, y el más esencial, el más profundo poder de la música es su poder moral y metafísico, aquel de imponer al alma aquello donde ella se reconoce, un tiempo transparente a la inteligencia y conformador de la voluntad, benefactor para el pensamiento y para la vida. Si la música es sabiduría no es porque ella refleje el orden del cosmos, sino más bien porque ella refleja el orden temporal del alma porque en el corazón de la forma sonora se encuentra depositada, fuente de toda sabiduría, la sabiduría temporal que suscita el más alto placer de la música y que significa la esencia misma del tiempo: el tiempo musical".

La atención auditiva aprehende el devenir mismo. En ella se afirma ya la actividad central de la conciencia en la comprensión musical donde el sensible sonoro realiza la unión íntima de la actividad y del tiempo que él encarna.

Así como la visión y el conocimiento son extáticos, se orientan hacia el espacio y los objetos a quienes tratan de inmovilizar la audición y la conciencia son entáticos, existen sólo en la subjetividad del tiempo.

El sonido musical depone su máscara signalética, abdica de su representación y se presenta él mismo en toda su plenitud y suficiencia de "objeto estético" por excelencia. El placer del sonido puede ser abstraído de toda imagen y de todo pensamiento. No evoca ningún objeto sino que nos hace anticipar de un suceso. Borra la dualidad de sujeto y objeto en la entidad de un mismo acto, de una misma duración, sometidos en la emoción de su actual desenvolvimiento.

La audición es el acto mismo de la conciencia, un análisis y una síntesis del tiempo, un compuesto de recuerdo y proyección esperanzada, vida y pensamiento de la duración...

La concepción del amor como dinámica o brote primigenio de toda actividad, donde la tendencia y el conocimiento se unifican en un movimiento prosecutivo, puede trasladarse a la experiencia musical a través del engrama común de la conciencia y de la música: el tiempo.

Así el acto puro de la vivencia musical desde un estricto punto de vista psicológico, se constituye en móvil insustituible y único de activación de la conciencia en función de su perfeccionamiento intencional: la educación.

Todo lo expuesto queda como saldo de un primer y rapidísimo buceo a través del alma del hombre y de la música.

Queda abierta una brecha de hondura y proyección insospechada para bien de la Educación del Hombre, no sólo del músico.

MARÍA COLOMBA BOLAÑOS.

CONGRESO INTERNACIONAL POR EL LATÍN VIVO

Patrocinado por el Ministerio de Educación, la Universidad de Aix en Provence y la ciudad de Aviñón, se reunirá en Francia, en esa ciudad de Aviñón, el Congreso Internacional por el Latín Vivo.

Tiene por primer objeto este Congreso, plantear el problema de la posición del latín en el mundo moderno y de las posibilidades de hacer de esta lengua, "muerta" hace tantos siglos, una lengua viva: el latín "vivo".

En el primer postulado, se considerará especialmente la gran dificultad que significa a los filósofos y los hombres de ciencia la publicación de trabajos en una diversidad de lenguas cada vez mayor y que hace imposible el contacto de una misma persona con varias de ellas.

Al Profesor Jean Capelle se debe, en este sentido, una sugerencia interesantísima. Propone Capelle dejar de lado todos los otros aspectos de la cuestión y no tener en cuenta más que el ya mencionado: la barrera levantada por las lenguas entre las relaciones internacionales, ya sean éstas diplomáticas, filosóficas o científicas. Recordando lo que significó en parecidas circunstancias el uso del latín para los sabios de la Edad

Media y del Renacimiento, Capelle propone el retorno al latín como lengua universal. Por muy audaz que sea el proyecto, el estudio lúcido de las dificultades que entraña lo revela más factible de lo que, a primera vista, pudiera creerse.

Una de las más serias de las dificultades ya apuntadas, es la renovación de la enseñanza del latín; sólo esa renovación que restituiría al latín una cierta condición de vida, haría posible la realización futura del proyecto de Capelle. Entre los elementos renovadores se contempla una selección de textos de mayor amplitud que la actual; se considerarían en ella los escritos de historiadores y sabios que usaron el latín hasta el siglo XVIII. Claro está que no se buscaría tanto en esos textos la perfección y la belleza de la lengua como el interés que, a través de los temas, alcanzaría a despertar por la lengua misma.

El estudio de Jean Capelle fué publicado en Francia, en el "Boletín de Educación Nacional", en 1952 y, en 1953, "The Classical Journal", revista americana, difundió su traducción en el mundo de habla inglesa.

Además del mencionado proyecto, el Congreso de Aviñón, considerará cuatro temas fundamentales:

1º La Gramática latina. — Es general la comprobación de que la Gramática latina desorienta por su complejidad a muchos alumnos. Se intentará "simplificarla sin traicionarla", pues la simplificación se refiere no a la Gramática latina en sí, sino a la exposición escolar de esa gramática. Los análisis puramente "formales" serán reemplazados por otros, concretos, psicológicos, estilísticos y lingüísticos que no consideren páginas aisladas sino dentro de la unidad vital del contexto.

2º La pronunciación del latín. — Por circunstancias especiales este tema adquiere, en Francia, un valor singular. Se tratará de llegar a un acuerdo sobre un modo de pronunciación —con introducción del acento tónico— que pueda ser adoptado en todos los establecimientos donde se enseña el latín.

3º Pedagogía del latín. — Considerará las posibilidades de que los métodos activos probados ya en la enseñanza de las lenguas vivas sean también beneficiosos para una lengua que en un tiempo se habló.

4º Vocabulario latino. — Cómo adoptar palabras nuevas en el latín. Se verá si es posible adoptarlas como se hace en el lenguaje corriente: sirviéndose del latín. Y, si una palabra (radar, por ejemplo) es ya universal, servirá esta condición para que sea aceptada directamente en el vocabulario latino.

Los organizadores del Congreso esperan mucho de él. Ese encuentro en Aviñón, de gente de ciencia y de letras, será fecundo. a no dudarlo, en sugerencias y comprobaciones utilísimas para cuantos, por una u otra causa, están interesados en el latín, sus problemas y los innumerables beneficios de todo orden que, a través de los siglos, sigue prestando al mundo de la inteligencia.

MARÍA TERESA MAIORANA.

ORIENTACIÓN ARTÍSTICA

Tendencias contemporáneas están empeñadas en desviar las manifestaciones artísticas de las expresiones conocidas, procurando imponernos otras formas que a primera vista, no responden a un progreso evolutivo, porque evidencian más bien un retroceso cuando no constituyen un atentado a las bellas artes.

El afán de los cultores los ha cegado en ciertas ocasiones hasta llegar a inducirlos a proclamar el repudio por las obras clásicas.

La pintura y la escultura han sido las artes más castigadas.

Hace algunos años, en París, un grupo de exaltados, improvisaba manifestaciones callejeras para pedir a gritos el incendio del Museo del Louvre. En otros museos retiraban unos trabajos para sustituirlos por otros.

Desde principios de siglo asistimos a un proceso cuyas consecuencias son visibles, porque ha desorientado a auténticos valores abandonándolos luego en callejones sin salida, y ha perjudicado el aprendizaje de la juventud estudiosa. Consideramos llegado el momento de reflexionar en procura de algún beneficio puesto que, toda revolución, triunfante o en derrota, deja siempre un saldo favorable.

¿Qué proyecciones nos ofrecen la pintura y la escultura de nuevos cuños después de haber agotado todas sus formas expresivas?... ¿Cuál será el campo de acción de las mismas si los cultores no han logrado superar a los iniciadores? ¿Seguiremos contemplando la serie de imitaciones que se repiten sin atisbos de originalidad? Nada nuevo amenaza conmovernos y los viejos autores, aquellos que rompieron los moldes académicos, proseguirán erigidos en portaestandarte de sus res-

pectivas tendencias con riesgos de que, a la vez, los consideren clásicos.

Hay artistas que convencidos de la esterilidad de los intentos abandonan las búsquedas para retomar sendas que habían despreciado. Y no faltan los enrolados para seguir defendiendo intereses personales o sectarios.

Reconocemos que la reacción contemporánea ha sido necesaria, porque era preciso romper con la rutina para darle a las artes el ritmo de la época que vivimos, pero consideramos un gravísimo error pretender restarles el sentido humano que poseen. El arte debe ser antropocéntrico por ser el hombre, según su medida, centro de la creación.

Admitimos, asimismo, que muchos de esos trabajos resultan altamente decorativos cuando han sido realizados con dominio del oficio y aplicando los conocimientos académicos cuyo valor niegan ostensiblemente sus autores; también aceptamos los que acusan detalles estimables. Sostenemos, por otra parte, que se puede ser moderno sin ser extravagante, porque lo primero no justifica lo segundo.

El arte lleva consigo un contenido humano por haber sido creado por el hombre para el hombre; y las artes plásticas gozan el privilegio de utilizar idiomas universales. Gracias a esta universalidad es que las obras perduran proyectadas a través del tiempo y que lo clásico resulta siempre actual. Fidias o Praxíteles, Miguel Angel o Leonardo, Rembrandt o Velázquez seguirán dándonos la lección del día. ¿Acaso habríamos llegado a ignorarlos con la destrucción de los museos que atesoran sus trabajos? Pensemos que los estilos estéticos se imponen por sus virtudes y forman escuelas cuando justifican su razón de ser revolucionarios. No es posible admitir revoluciones con retrocesos o con sentido de decadencia. Y el arte de nuevo cuño tiene mucho de ambas cosas, aun cuando no pretendemos restarle cultores ni admiradores. Respetamos los esfuerzos ajenos más cuando están en poder de quienes han demostrado dominar el oficio o estar respaldados por una labor de jerarquía, pero recordamos que en los institutos de enseñanza deben agotarse todos los recursos para que los estudiantes adquieran una preparación completa, forjada en la admiración a los clásicos y en el respeto a las leyes que rigen cada una de las especialidades.

La juventud está hoy desorientada y por eso prefiere el camino de lo fácil. La "academia breve" le disminuye sacrificios y desvelos. Son pocos los alumnos que emprenden estu-

dios con seriedad, porque les resulta más cómodo marchar del brazo con la moda; y es por ello que surgen artistas que no llegan a concebir obras de independiente y noble esfuerzo y se apartan de otras actividades más convenientes y provechosas.

CARLOS A. FOGLIA.

LOS INVENTOS MODERNOS

Los alquimistas de la Edad Media, magos maravillosos forjadores de quimeras, persiguieron con obsesionante tesón la búsqueda de la piedra filosofal, del elixir de la vida eterna y del crisol que había de hacer surgir de lo inferior, el metal dorado cuyos destellos han sido por los siglos de los siglos la alucinación y el anhelo de los hombres. En esa vana empresa que encendía el entusiasmo de los investigadores y el afán de los sabios, puso la humanidad quizá lo mejor de su esperanza, sin haber alcanzado a columbrar el éxito en el empeño perpetuamente renovado por enriquecer la vida, o por hacerla perdurable. Acaso la ilusión excedió siempre las posibilidades con que se contaba para el logro de aquellos bienes codiciados. No se disponía de los medios indispensables para convertir en realidad el ensueño que acicateaba las imaginaciones y estimulaba la voluntad en la consecución de lo imposible. La Ciencia, imperfecta y vacilante todavía, no había puesto al servicio del hombre, ebrio de inmortalidad y loco de quimeras, sus recursos inagotables.

Contrastando con aquella insuficiencia que fué el origen de fracasos tan dolorosos como repetidos, el laboratorio moderno, auxiliado por el saber que se supera a sí mismo infatigablemente, se nos aparece hoy provisto de todos los instrumentos de captación del misterio y de dominio de lo desconocido. No aspira a menos que a familiarizarnos con el prodigio. Y así puede afirmarse que es la ciencia actual, la a veces tan desacreditada ciencia humana, la que está realizando a un tiempo la aspiración de los filósofos, la codicia de los alquimistas y hasta el afán de imposible de los poetas, ávidos, ellos también, de superar la realidad mezquina y de tocar con sus manos mortales el firmamento azul.

Lo dicho explica la sorprendente multiplicidad de los hallazgos modernos que han revelado hasta qué punto es fértil la inventiva del hombre y decidida su voluntad de apoderarse de todas las fuerzas de la naturaleza y de someterlas a su imperio y a su servicio. Y explica, asimismo, cómo la inteligencia sutilizada por la cultura secular y la experiencia acumulada por todas las generaciones que han vivido, soñado y laborado sobre la tierra, ensanchó indefinidamente los límites de su acción, convirtiéndose en la formidable potencia que esclarece todos los problemas, ilumina todas las sendas y erige los monumentos imponentes en que la civilización de toda una edad encuentra, asombrada, sus más auténticas expresiones.

Esa colaboración de la inteligencia y el saber, aunados a la enérgica voluntad de trabajar incesantemente en beneficio de la estirpe, suscitó la maravillosa floración de inventos que constituyen otros tantos milagros cuya fascinación ha invadido la existencia y el alma de los hombres modernos, ejerciendo ellos una atracción más irresistible que la de los antiguos milagros operados por la fe en la iniciación de las religiones. Frente al prodigio dudoso de la resurrección de la materia, el prodigio cierto de la prolongación artificial de la vida; frente a la supersticiosa adivinación por medio de los signos y de los augurios, las previsiones irrecusables de la ciencia novísima; frente al imperativo bíblico que constreñía a la criatura humana a ganar el pan con el propio sudor y con el propio esfuerzo, la perfección mecánica del arado, arquetipo de la máquina, que abre los surcos inacabables en la tierra feraz y depara al hombre los beneficios de las producciones cuantiosas, redimiéndolo de la tarea extenuante; frente a los mensajes de las divinidades que consignan los sagrados libros, la maravilla de la radiotelefonía que hace surgir la voz de los vacíos senos del éter, el pararrayos tutelar que conjura la cólera de los elementos, la luz eléctrica que escamotea las tinieblas de la noche en las ciudades en que se han refugiado las multitudes contemporáneas.

ZULMA NÚÑEZ.
El espíritu en crisis.

PRESENTE Y PORVENIR DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS

Doloroso resulta confesarlo pero es un hecho: con escasas excepciones, las actuales bibliotecas argentinas son organismos vetustos e ineficientes. Todo aquel que ha tenido que buscar una información precisa o el material imprescindible para sus estudios, habrá tenido ocasión de padecer la insuficiencia de nuestra organización bibliotecaria.

Desde luego que, en parte, ello es consecuencia de su pobreza en libros. Pocas bibliotecas argentinas cuentan con el necesario caudal bibliográfico. La mayoría han quedado estancadas en 1940 aproximadamente. Pero esta pobreza no es lo más grave. Peor resulta el hecho de que ni siquiera se puede utilizar el escaso material que poseen. Los catálogos, cuando existen, son instrumentos primitivos, redactados con absoluta ignorancia de la técnica bibliotecológica. De ahí lo dificultoso que resulta localizar un libro. Por ejemplo, la Oficina Internacional del Trabajo publicó, en 1955, un estudio de gran actualidad titulado "La formación profesional en la agricultura". En Buenos Aires más de media docena de bibliotecas reciben las publicaciones de la O. I. T. Si se acude a una de ellas, en el mejor de los casos, tardarán horas antes de localizar la pieza. Lo más probable es que contesten negativamente. Sin embargo, la obra duerme en los estantes. Otro ejemplo. Una de nuestras más importantes bibliotecas recibe numerosas revistas, nacionales y extranjeras. Cabe aplaudir esta medida que procura al investigador información reciente, actual, aun no recopilada en libros y tratados. Desgraciadamente, tales revistas no se entregan al público hasta pasados seis meses de su recepción... Durante ese plazo se las deposita en un sótano donde, contrariamente a lo que sucede con el vino, no mejoran al envejecer.

Se dirá que, pese a tan sombrío panorama, tales bibliotecas tienen sus salas llenas de lectores. Es exacto, pero ello sólo prueba el interés del público por los libros y la necesidad de acudir a las bibliotecas dado el altísimo precio de aquéllos. A poco de estudiar las razones de esa afluencia, vemos que muchos lectores son personas que están aguardando, durante horas, que se les entregue un libro, cosa que debería realizarse en pocos minutos. Además, no hay que dejarse impresionar por la mera cantidad de público concurrente. Cabe preguntar

¿Cómo fué atendido? Es decir, ¿la información suministrada fué amplia y actual o bien se "salió del paso" con un manual cualquiera? ¿Se entregó un libro ya envejecido o el catálogo previno que la biblioteca posee una edición posterior?

Vemos pues que la ineficiencia de nuestras bibliotecas radica, principalmente, en fallas técnicas de organización. Así lo ha reconocido la Intervención de la Universidad de Buenos Aires cuando, en los considerandos de su Resolución 383 del 2 de abril del año en curso, expresara que las bibliotecas universitarias "presentan fallas de diversa índole que limitan sus servicios y los reducen... que no todas ellas son funcionales y que por lo tanto tienen disminuída su eficacia".

El origen de estas fallas es simple de hallar. La mayoría de nuestras bibliotecas están en manos de practicantes o de aficionados. En una importante biblioteca de la Capital ¡hay un solo empleado técnico! Inútil describir las penurias del lector que busca un dato preciso contenido dentro de los 200.000 volúmenes estimados por ese establecimiento.

Localizada la causa, el remedio está hallado. Hay que organizar técnicamente las bibliotecas argentinas. Para ello deben llenarse tres condiciones: 1º Querer hacer. No conformarse con lo que se estilaba en tiempo de nuestros abuelos porque desde entonces acá las cosas han variado. Se han inventado las máquinas de escribir, el teléfono, el mimeógrafo, se han redactado códigos de catalogación, se han afinado las técnicas bibliotecarias. No conformarse con decir "tal como están, nuestras bibliotecas han funcionado durante años y así pueden seguir". Durante siglos, con un arado de madera arrastrado por un esclavo, se cultivaron los campos y se produjo trigo. Sin embargo, en 1956, el mundo exige métodos más productivos. 2º Asignar los fondos necesarios. Es un error creer que con sólo comprar libros la biblioteca puede funcionar. En un organismo moderno, los gastos de personal, equipo, muebles, local, etc., son cuantiosos y superan, en mucho, las sumas destinadas a adquisiciones. En la actual Biblioteca Nacional del Perú, sobre un presupuesto total de 2.000.000 de soles, el 8 ½ % se destina a compras y el resto a equipos, sueldos y otros gastos. En la Nationale de París, se destina el 4 % a compras y el 2 % en la Library of Congress de Wáshington. 3º Por último, y esto es fundamental, hay que capacitar técnicamente al personal de bibliotecas. Éstas han dejado de ser canonjías para ancianos o asilo para maestros

enfermos como todavía lo dispone el Digesto del Ministerio de Educación ¹. El bibliotecario es un técnico y como tal debe ser adecuadamente adiestrado. Es necesario formar trabajadores de biblioteca, con cabal sentido de su responsabilidad y dotarlos de los conocimientos que su profesión exige. Mientras nuestras bibliotecas no se organicen técnicamente y no sean manejadas por profesionales, seguiremos padeciendo los actuales organismos, vetustos e ineficientes, que todas las charlas sobre "misión cultural", "amor a los libros" y otras muletillas archiconocidas no podrán mejorar.

J. F. FINO.

LOS MÁRMOLES DE EGINA

Una nueva lectura del libro de Lechat sobre Fidias me lleva a los célebres mármoles de Egina. Probablemente, los persas antes de Salamina destruyeron parte del templo. Las esculturas que reemplazaron a las que fueron destruídas por la ceguera de los que ignoran la ley en su ritmo, estaban penetradas por el vuelo de la victoria, por la libertad ordenadora de la vida interior y de la ciudad regida por justas normas en la armoniosa indagación continua. El mundo nuestro, creado por los griegos, es decir el hallazgo de la belleza en su expresión de purificada inteligencia que descubre y exalta la dignidad humana, pudo llegar a ser aniquilado por la servidumbre que impondrían los bárbaros. El triunfo de Salamina, del ciudadano de Atenas democrática sobre el poder de la fuerza infecunda, traspasa todas las edades y es permanente conquista de la civilización entera. De allí que en nuestro Himno aparezca el grito inmortal: "Coronados de gloria vivamos — o juremos con gloria morir". Es el grito de Salamina eternizado en un verso del Ajax de Sófocles: "O gloriosamente vivir o gloriosamente morir". El ritmo de la ley nace con la libertad educadora de pueblos; la libertad en la ley que nos habla inextinguiblemente en el Partenón de Fidias, en los mármoles de Egina, en todo lo que es digno de perduración y ejemplo.

A. M.

1. El proyectado Estatuto del Docente suprime tan pintoresco requisito y dispone que las bibliotecas de las escuelas serán atendidas por maestros que, a su título de tal, añadan el de «Bibliotecario».

LOS NOMBRES GEOGRÁFICOS

Desde hace más de medio siglo fueron borrándose del mapa de la República los bellos y significativos nombres de tradición indígena, colonial, local, de características de paisaje, de territorios y de pueblos, de la flora y de la fauna. Estos nombres tenían una particularidad viviente e infundían el amor a la tierra, el conocimiento de su pasado; nos acompañaban con el aire y el agua; nos hablaban uniéndose a reminiscencias familiares y legendarias; nos esperaban en la extensión, en los caminos; señalaban, por su origen, el paso de una región a otra; nombres nativos, eran una flor brotada de la greda y de la piedra, un recuerdo, un itinerario, una circunstancia o un episodio; nombres que venían del color de la montaña, de su condición geológica, de las llanuras, de los bosques, de las formas pintorescas y de los mitos.

Ya en 1897 escribía el arqueólogo y poeta Adán Quiroga, que con mucho saber y patriotismo sintió la intimidad provincial de la tierra, en elocuentes páginas de su libro "Calchaquí" que es necesario protestar enérgicamente contra estos abusos y producir una reacción inmediata a fin de que cada lugar reivindique su nombre de pila. La obra de destrucción de lo primitivo y de lo propio no se detuvo. Llegaban a Buenos Aires con el nombre cambiado de los ferrocarriles, una onda del Pacífico, la evocación de la Cordillera y de Cuyo, la hazaña memorable; el Sur pampeano, con sus distancias, su verdor y sus estampas; el Centro, con su voz y sus sierras; la Mesopotamia, con los grandes ríos; estas nociones geográficas mantenían los horizontes de la Patria por el talismán poético de los nombres que encierran en sí la sugestión de la realidad de los lugares de donde proceden. La República debe guardar, con el tesoro de los nombres heredados, un patrimonio de belleza, de inspiración, la continuidad de lo que fué en los tiempos creadores. Nada en demasía, había que decir a quienes sólo piensan en el cambio de los nombres consagrados.

A. M.

C R Ó N I C A

UNA LECCIÓN

En el Colegio Argentino para señoritas reinaba esa mañana una gran confusión. Luis María Gómez, el nuevo inspector se había presentado inopinadamente. Solamente la directora había conservado la serenidad, y así lo fué acompañando a las aulas, como mejor le convenía, dejando deliberadamente para lo último la clase de literatura, contando que, apremiado por la hora, casi no se detuviera allí.

Sus razones tenía para ello. La profesora de la materia no sólo no seguía el programa, ni se ajustaba a ningún plan de enseñanza, sino que, la mayoría de las veces, su clase se limitaba a una conversación. Ciertamente era que las alumnas habían adelantado muchísimo, pero ¿cómo convencer de ello en el breve espacio de una visita?

—Me interesa mucho la literatura —manifestó el inspector— ¿quién dicta esta clase?

—María Pérez de Millán.

—María Pérez de Millán. Se llama igual que Matilde Bernard, la novelista. —Es Matilde Bernard. —¡Matilde Bernard!... Pero yo creía que... —Sí; no necesita dedicarse a la enseñanza. Acaba de agotarse la cuarta edición de su última novela. Está reemplazando a una amiga que se encuentra muy enferma, y la reemplaza, justamente para que conserve su puesto. Es una gran mujer.

—¡Ya lo creo! La conozco mucho. Un verano que nos encontramos en Los Lagos, afianzó nuestra amistad. Me gustaba mucho discutir con ella. Siempre recordaré una excursión que hicimos a Trafal, donde no vi las bellezas de ese Valle Encantado, esa decoración de ensueño, engolfado como siempre en una de nuestras eternas discusiones. ¡Cómo discutíamos! pero, en honor a la verdad, debo de aclararle que era ella la que se quedaba siempre con la última palabra. Somos muy amigos.

El apretón de manos que se dieron al verse, lo aseveró.

—En la clase anterior, empezó diciendo la señora de Millán, les expliqué lo que era la narración; les di un tema para que lo desarrollaran y aprovecho hoy, al corregirlos, para darles una orientación, ya que parece que todas quieren ser escri-

toras. Prosiguiendo la explicación de cómo se debe escribir, recordarán siempre que la inspiración no acude nunca al reclamo de la hoja en blanco; si alguna vez lo hizo, fué porque se acordó en ese momento de que era femenina y se le ocurrió tener un capricho. Pero, ya saben, que no hay que contar con los caprichos femeninos.

En ese momento entró una empleada solicitando la presencia de la directora para un asunto urgente.

La profesora continuó: —Josefina...

La alumna así llamada tomó el lápiz y con mucha atención se dispuso a tomar nota.

—Josefina, ¿trabaja usted con diccionario? —No, señora. —Estaba segura; por eso no aciérta usted en la elección de los vocablos. Su narración está muy bien construída, pero a su estilo le falta propiedad. Y para escribir con propiedad, hay que conocer el valor usual y etimológico de las palabras. Usted corregirá su único defecto consultando siempre un diccionario de sinónimos.

La profesora eligió después otro relato entre los que estaban diseminados sobre su escritorio.

—Sara, ¿qué enciclopedia tiene? —El Espasa. —Completo, ¿verdad? —Sí, señora, los ochenta y cuatro volúmenes; y además tengo completo el Diccionario Hispano Americano: veintiocho tomos.

La señora de Millán murmuró rápidamente: ciento doce; luego se dirigió otra vez a la discípula: —La idea de su relato está bien concebida, pero usted, hija mía, le da mucha importancia a las ideas secundarias. En el nudo de la narración, fíjese bien, adonde hay que evitar los detalles inútiles, habla usted de un monte de abetos y se detiene a hacernos notar la diferencia que hay entre sus copas, después se refiere al distinto color de sus cortezas, la emprende luego con las ramas, sigue detallando las hojas y termina con las flores. No nos perdona nada. ¡Dos páginas! Mientras tanto, la Botánica ha ido desalojando al protagonista y ha hecho que nos olvidemos por completo de él y de su problema. Todo eso debido a sus ciento doce volúmenes. Para consulta procúrese la última edición del Diccionario de la Real Academia Española. Es un solo tomo. Guarde con llave las otras obras y pierda la llave; entonces escribirá usted muy bien.

La profesora tomó otro de los trabajos y llamó: —Susana, acérquese.

Una espléndida morena se adelantó. Era una hermosura; el encanto de su sonrisa, los magníficos ojos verdes, su figura, la gracia de sus movimientos. Era, en verdad, una hermosura, y ella lo sabía.

La señora de Millán, después de mirar las cuartillas, dijo: —Usted ha escrito su composición en estilo pomposo; a su relato, donde no he encontrado un solo pensamiento elevado, le convenía la sencillez, y no solamente lo ha hecho en estilo pomposo, sino que además lo ha exagerado.

El inspector, muy divertido, miraba a la novelista que, examinando el escrito, como quien está haciendo un estudio grafológico, decía: —Vanidad, vanidad. Toda esta hinchazón, todo este afán de engalanar pensamientos tan comunes, no es más que vanidad. Hija mía, la literatura no viste; el ser literata no va a agregarle ninguna gala a las tantas con que le ha favorecido a usted la naturaleza. Cuando quiera escribir, hágalo con naturalidad; déjese de adornos de relumbrón.

Y mientras Susana volvía a su asiento muy decepcionada, la profesora dijo: —María Luisa, ¿quiere usted venir?

La jovencita que se aproximaba toda cohibida, era muy fea, tan fea que no tenía ni siquiera, como el perro del relato toltiano, los dientes hermosos.

Al verla, Gómez, que continuaba deslumbrado por la belleza de Susana, apartó su mirada casi con repulsión.

La señora de Millán, en cambio, le habló con mucha benevolencia.

—Al leer su relato, he pensado que usted podría, muy bien, escribir una novela. —¡Yo! —Sí, usted; una novela histórica. —¡Nunca me animaría! —¿Por qué no? Yo la voy a ayudar. Ánimese, ¿o es que no le gusta escribir? —¡Me gusta muchísimo! —Bueno, tome nota, que voy a darle el tema: En el año 1808, Napoleón mandó al Río de la Plata, como emisario suyo, al Marqués de Sassenay, el cual se hizo sospechoso no sólo entre los españoles adversarios de Liniers, sino también entre los criollos. No obstante, la conducta del Virrey, la presencia del marqués aumentó la hostilidad de sus enemigos. Un idilio entre el Marqués y una española; una criolla, enamorada del Marqués, que los delata. En fin, dado el personaje tan interesante de por sí, fácil es atribuirle cualquier aventura.

El inspector había tomado el relato de María Luisa y lo leía; y, a medida que avanzaba la lectura, su rostro expresaba el más vivo asombro. Lo leyó por segunda vez, y se quedó atónito.

Mientras tanto la alumna, repuesta de la emoción que le produjera la bondad de su maestra, se animó a decirle: —Señora, cuando tenga hecho el argumento, le...

—¡No, no, no!, exclamó vivamente la profesora. Nada de argumentos. La novela histórica se escribe de otra manera. Hay que estudiar, estudiar mucho, porque hay que buscar la verdad, que es la principal cualidad de toda obra histórica. No basta decir: El Marqués de Sassenay se había hecho sospechoso. Hay que probarlo. No basta decir: La conducta del Virrey lo ponía a salvo de toda sospecha. Hay que probarlo. Esta verdad la debe buscar usted en las fuentes de la historia, debe desentrañarla, porque muchas veces estará oculta en los hechos más contradictorios. Eso, en cuanto a la verdad histórica. Hay otra verdad que también usted tiene que buscar: el ambiente, las costumbres sociales de la época... Tiene que saber cómo eran los edificios, los muebles, los trajes, etc. Vaya a las bibliotecas y a los archivos; lea libros que se refieran a esa época, descifre manuscritos, documentos... Hay grabados que pueden guiarle para el vestuario... Hay que estudiar mucho, amiguita. Cuando haya reunido parte del material, vaya a verme, que le voy a enseñar a ordenarlo.

El timbre, que indicaba la terminación de las clases, interrumpió las confusas palabras de agradecimiento que balbuceaba la alumna.

Nunca pudo recordar el flamante inspector el informe que dejara ese día en el colegio. Es muy posible que fuera un buen informe, mas no puede asegurarlo, porque lo único que le preocupaba era hablar con la señora de Millán. La alcanzó en el preciso instante en que ella iba a subir a su automóvil.

—No nos habíamos despedido — dijo él.

—Pero, sí, ¿no lo recuerda usted?

—¡Oh!, muy a la ligera. Yo deseaba manifestarle el gusto que he tenido al volverla a ver.

—Yo también he tenido mucho gusto. La señora subió al coche. El chofer, muy correcto, esperaba que el señor se despidiera para cerrar la portezuela.

—Ha sido para mí un gusto muy grande, volvió a decir él. —¿Dónde va ahora? —Al Instituto Americano. Suba; puedo dejarlo al pasar, porque voy a ver a mi editor.

La señora de Millán, después de indicarle al chofer dónde debía detenerse, se volvió sonriente a su amigo: —Vamos a ver, ¿qué es lo que quiere saber? —Ese relato... el relato de María Luisa. ¿Qué bodrio!... ¿verdad?

La indignación que sentía era tan grande, que le impedía hablar. —¡Todo había sido una burla de la novelista! Pero lo que más le indignaba era que hubiese hecho blanco de sus burlas a esa pobrecita niña.

Y su mirada cargada de reproches fué tan elocuente que Matilde Bernard exclamó: —¡No, no me lo reproche usted! Escúcheme primero: Para que esta criatura pudiera sobrellevar el dolor de su vida, necesitaba tener una ilusión, y se la he dado. —¡Ah! ¿La conocía, la conoce usted? —Sólo sé que tiene buen concepto, y 7,70 de promedio. —Entonces... —Es que yo sé leer en los rostros atormentados, yo sé captar el S.O.S. de las almas...

—¡Cuidado! ¡Más corta, más corta! Que lleva usted la rienda tan floja, que su imaginación empieza a desbocarse.

La novelista por toda respuesta buscó a María Luisa entre los grupos de alumnas que en ruidosa algazara salían del colegio dispersándose por la acera. La divisó en momentos que cruzaba la calle en compañía de Susana. —¡Ahí van! —¡Habían sido amigas! —¿Amigas? No; no son amigas. Son hermanas. —¡Hermanas! —Hermanas. ¿Empieza a comprender? —¡Nunca me lo hubiera imaginado!

—No deben vivir los padres, porque los justificativos los firma uno de los familiares, y eso explicaría muchas cosas.

—Hasta ahora no veo la tragedia. Si todas las muchachas feas se...

—¡Mírela! Mi nieta diría: Vestida por sus enemigos. Cosas de mi nieta... Lo cierto es que se viste con los vestidos viejos de su hermana; que no son viejos, desde luego, porque Susana está siempre vestida de punta en blanco; pero, como los cuerpos son tan distintos, tan distintas sus estaturas, la pobrecita parece que anda disfrazada. Para la otra, en cambio, todo es poco. No se necesita tener una gran imaginación para darse cuenta que los tíos deben adivinarle los deseos; que sus "menores caprichos deben ser ley"; yo no exagero al decirle que deben velarle el sueño, contarle las respiraciones, no sea que la niña vaya a perder un ápice de su belleza, porque entonces: ¡adiós boda!

—¿Está de novia? —La destinan para un príncipe de las finanzas. —Convengamos en que la chica se lo merece. —La espera un porvenir más brillante, que después se lo diré; pero dejemos a Susana y volvamos a María Luisa. ¿Cuál le pareció el peor defecto de su relato?

—Su oscuridad, debido a la excesiva concisión. —Así habla. En su modo de expresarse. A fuer de no poder nunca (porque no se lo permiten), dar a conocer sus ideas, sus opiniones, la pobrecita ha ido, poco a poco, adoptando ese lenguaje. ¿Comprende ahora por qué la mando a estudiar fuera de la casa? Para poder vivir, hay que respirar libremente, y aunque le parezca un contrasentido, la mando que respire en locales cerrados, el polvo de los viejos libros y de los manuscritos. No sabe usted cuánto me ha preocupado este pobre ser. La clase que usted ha presenciado en parte, la preparé sólo para ella, para poder darle la única ilusión que podía yo ofrecerle... ¡Y mírela como camina! ¿No le parece que ya llevara alas?

—En alas de la ilusión, dijo él. —Lindo título para una película, por más que en este caso le quedaría mejor: Condenada a estudiar. —Así me condenarán a mí a perpetuidad. —Pero es que ella no quiere estudiar; ella quiere escribir. —¿Y acaso no va a escribir? —Sí, y mucho: Va a sacar apuntes, copiar páginas y páginas de libros y de folletos, que bajo su dirección reducirá a compendio y después los recopilará. Sí, va a escribir y mucho, pero, usted sabe muy bien, que no es eso lo que ella quiere escribir. Usted le dijo que hiciera una novela; para ello le dió el lugar de la acción, la época, y el protagonista, un personaje interesantísimo, al que sería muy fácil complicarle la vida, y después de tanta generosidad, es usted misma quien va a privarla del placer de crear.

—Para libraria de la tortura horrible de no poder expresar su pobre pensamiento. Pero voy a tranquilizarlo: María Luisa no producirá nunca ninguna obra literaria. Yo no creo en esa clase de milagros.

Su interlocutor no respondió, y durante un momento se oyó el ruido del tránsito, que en esa calle tan central, había momentos en que se volvía ensordecedor.

—¿En qué piensa?, le preguntó ella. —Pensaba: ¡Cuántas de nuestras ilusiones no serán más que mentiras! —¿Qué importa, si ellas nos ayudan a vivir!

—Bien; ¿y qué hará usted con su rata de biblioteca? ¿Supongo que no pretenderá alimentarla eternamente? ¿No ha pensado que llegará un momento en que no querrá comer más, porque se habrá hartado?

Matilde respondió con una pregunta: —¿No le parece que la Vida tiene mucho que pagarle a María Luisa?

—¡Ya lo creo! Pero no olvide, amiga mía, que la Vida es muy mala pagadora, no por tramposa, sino por olvidadiza, y esta pobre muchacha tiene tan poca suerte, que no sería extraño que, una vez más, la Vida no hiciera honor a su firma. —Es muy posible. —Entonces... —Para entonces, los tíos se habrán quedado muy solos después del eclipse de la Estrella.

—¡Ah! ¿Era ése el destino que tenía reservado para Susana?

—Lo que era lógico. No comprendo cómo ya no está filmando.

El automóvil se detuvo. Habían llegado al Instituto. Luis María Gómez bajó del coche, y al estrechar las manos de su amigo, le dijo:

—Mil gracias por la primicia.

—¿Por la primicia?

—De su próxima novela. Le auguro todo un éxito. Matilde Bernard exclamó: ¡Hombre!

Como siempre, fué de ella la última palabra; pero en esta última y única palabra, la novelista había puesto todo un mundo de palabras.

Sí, Matilde Bernard era una novelista, no cabía la menor duda, pero cuando horas más tarde Luis María Gómez revivió los momentos que pasara en su clase, se dijo que no sólo había asistido a una lección de literatura, sino que él también había recibido una lección: una lección de humanidad.

MARGARITA VILLEGAS BASAVILBASO.

EXCURSIONES ARQUEOLÓGICAS

1. LOS ALTARES DE PACHAMAMA

Las Apachetas, montículos de piedra sin ningún aditamento, que se hallan a la vera de los caminos cumbranos, son los altares semipaganos en que el indio rinde culto a Pachamama, deidad telúrica, madre de los cerros, dueña de los rebaños. Y decimos "altares semipaganos" porque en cada uno de ellos hace acto de presencia una cruz, que ha colocado en la cimera, la piedad de algún viandante. "Dijérase que en la fusión de

la piedra aborigen y del madero cristiano se hubieran entrelazado las manos —después del duelo de la conquista— la España fundadora y la América india”.

Por los viejos caminos cerriles del antiguo Tucumán —caminos de herradura, caminos del Inca— es dable observar estas especies de mojones que jalonan irregularmente encrucijadas y senderillos ríspidos, mojones propiciatorios que como los de los dioses lares en la antigüedad, están destinados a impetrar un viaje feliz y cuya humilde cruz parece velar en ristre, contra los malos espíritus de la montaña.

“En Salta, en el abra de las Tres Cruces, de la Quebrada de las Conchas —dice Ambrosetti— he observado también la cristianización de una apacheta. En ella parece que alguien, *in illo tempore*, depositó una pequeña cruz, quizá con la intención de desviar hacia el lado cristiano esa práctica pagana; pero sucedió con esto el fenómeno más curioso de pertinacia, pues todos los viajeros ya no lanzaron sobre ella su acullico ni pusieron más piedras, sino que cada uno colocó allí una pequeña cruz de palito; por eso hoy ese punto se llama las Tres Cruces, aun cuando haya más de quinientas sobre la tal apacheta y en su mayor parte destruidas, pues los elementos pudren el hilo con que une los palillos y el transversal cae, encargándose el viento de derribar el vertical que de pie quedaba”.

Juan Alfonso Carrizo en su enjundioso estudio sobre el particular, señala el caso inverso en que la piadosa cruz erigida al borde del camino, *in memoriam* de los muertos, se haya convertido en Apacheta, por obra de los nativos, tanto en Salta, como en Jujuy y Paraguay, aseverando con ello que “funden el culto al símbolo de la redención humana con el debido a sus dioses lares, en sus creencias idolátricas”.

La América Meridional precolombina y aun parte de la Central erigió estos oratorios donde el indio deponía su cansancio y rendía humilde tributo a Pachacamac. Innumerables testimonios de este culto se hallan en las *Crónicas de Indias*, tales como los del padre Acosta, del misionero Anchieta, de Fray Román y Zamora, del padre Arriaga y por último de los americanos coetáneos Garcilaso de la Vega y Guaman Poma.

Veamos qué dice el padre Acosta, que vino al Perú en 1571 y permaneció en él por espacio de 17 años: “Usan cuando van camino, echar en los mismos caminos o encrucijadas, en los cerros, y principalmente en las cumbres que llaman Apachitas, calzados viejos y plumas, coca mascada, que es una yerba que

mucho usan, y cuando no pueden más, siquiera una piedra, y todo esto es como ofrenda para que les dejen pasar y les den fuerzas, y dicen que las cobran con esto, como se refiere en un Concilio Provincial del Perú. Y así se hallan en esos caminos muy grandes rimeros de estas piedras ofrecidas, y de otras inmundicias dichas”.

El Inca Garcilaso al hablar de las Apachetas cuenta que el indio hacía en ellas “ofrenda al Pachacamac, dios no conocido, que ellos adoraban mentalmente, por haberles ayudado en aquel trabajo” (llevar cargas en las cuestas). “Y en ofrenda se tiraban de las cejas y, que arrancasen algún pelo o no, lo soplaban hacia el cielo y echaban la yerba llamada cuca, que llevaban en la boca, que ellos tanto prescían, como diciendo que le ofrecían lo máspreciado que llevaban. A más no poder y tener otra cosa mejor, ofrecían algún palillo o algunas pajuelas, si las hallaban por allí cerca, y, no las hallando, ofrecían un guijarro, y donde no lo había echaban un puñado de tierra. Y de estas ofrendas había montones en las cumbres de las cuestas”.

Por otra parte el cronista fray Román y Zamora agrega: que allí “muchas veces dejaban sartas ensangrentadas de su sangre”. “También ofrecían allí oro, plata y pelos de las cejas y de los cabellos”.

Estas ofrendas líticas hoy día han caído en desuso en el Brasil, Chile y Ecuador no así en Guatemala, Bolivia, Perú y Noroeste de nuestro país. Ofrendas similares jalonan hoy día caminos de otras tierras exóticas, como los de las Islas de las Indias orientales, Islas de Timor, Salomón y Banks y Archipiélago Babar, según testimonio de Frazer, aunque la finalidad de estos pedregales parece ser otra que la de nuestras Apachetas; así las *Karriitch*, piedras negras que forman los viejos montes y dunas australianos, han sido arrojadas allí para transferirles el dolor de muelas que aquejaba al nativo, cuya treta malévolita consiste en arrojarlas en la dirección de su enemigo para transferirle dicho padecimiento. Asimismo los *cairns*, montículos de piedras y palos, que se observan en los bordes de los senderos de los lugares mencionados no representan una ofrenda a los dioses lares, ni a potencias espirituales (como tal vez sea el caso de la Apacheta), sino que dichos promontorios concretan la ceremonia mágica de librarse del cansancio, relegándolo a la piedra que el nativo arroja al montón, diciendo: “Ahí va mi fatiga”.

Volviendo a nuestras Apachetas cabe preguntarnos con Ambrosetti: "¿no serán a su modo, altares elevados inconscientemente a genios adversos que suponen morar en las abras y molestar a los viajeros?"

Las hemos visto en los caminos cerriles de La Rioja, en el Famatina, en el Arauco, en el Valle de Santa María de Catamarca, en los valles calchaquies de Salta, en la antigua gobernación de Los Andes (Susques, Cobres, San Antonio) y con gran profusión en Jujuy, a la vera del camino de herradura que va desde Casabindo a Mina Aguilar, en la Quebrada de Humahuaca, en Cochinoca, Abrapampa, y Santa Catalina. En las afueras de esta última localidad recogió Juan Alfonso Carrizo la siguiente oración impetratoria pronunciada en la apacheta por un lugareño: ¡Ay Pachamama, Santa Tierra!

Cunitanta chayarpasa,
Jornadam diligenciata ruarpacusac.

Cuya traducción es la siguiente: ¡Ay Pachamama, Santa Tierra, pronto quiero llegar al cabo de mi jornada y hacer mi diligencia o llevar a feliz término mi diligencia!

Por mi parte he tenido ocasión de presenciar un curioso rito en la Apacheta que está en la abra de Lizoite, a 5.000 metros, camino a Santa Victoria. "Davir" Vilque el arriero que me acompañaba en la fragosa cumbre iba a pie detrás de sus mulas, debido a que el embate del viento puneño no permitía ir montado. Al llegar a la Apacheta, arrojó cabizbajo el acullico y rezó con las manos en alto, tres Padrenuestros y un Credo; luego levantó una piedra del montículo y se frotó con ella las piernas, explicándome que lo hacía para que la Pachamama le diera fuerzas para seguir el viaje. Después tomó otras tres piedras distintas y con cada una de ellas fricó los morros de sus tres mulas, para que no se le apunen —según propia confesión—.

En la Apacheta que está al Noroeste del poblado de Susques pude constatar uno de los llamados "agüeros en el camino". Antonio Colpanchay, pastor indio de 75 años, ataviado con pasamontaña, grueso poncho y ojotas, me conducía a las afueras "pa ver algo de los antiguos", cuando al botar el acullico vió que quedaba regado en las piedras y por ello no quiso proseguir el viaje, diciéndome que era de mal agüero. Se limitó, pues a colocar sobre el montón una brizna de lana roja (cunte), que raleó de las ajorcas que adornaban sus manos y to-

billos. Le pregunté la razón de esta ofrenda y me respondió humildemente: "Lanita lloque y coca son buenas pa alegrar a la Pacha. La Pacha no mara si uno la contenta con algunita cosa".

Quise saber la causa de esos brazaletes, confeccionados con lana hilada al revés (hacia la izquierda) y entre temeroso y complacido me explicó mi acompañante: "El 1º de Agosto, cuando vamos al Quipildor, a darles de comer a los muertos por el rayo, nos ponemos estas pulseras pa que la Pachamama nos libre de mal. Y cuando el torzal se cáí de viejo, se cáí el mal que mas ido salvando y se le pasa al que lo pisa". Seguidamente le pido que me defina la Señora de los Cerros. Medita un momento y luego dice: "es una mujer linda, toda de verde, tiene cinco hijos y todos son decentes como ella. El puma es su gato y la llama su caballo". Al proseguir viaje por la Puna de Atacama observamos que amén de la Apacheta se rinde culto a Pachamama en los puquios o pujios (manantiales) y en los ojos malos (lagunas o fuentes que se en-crespan).

En Coranzuli, Antonio Guanuco me explicó que en sus viajes para trocar tejidos por maíz pasaba por un Pujio, donde no se debe beber agua, ya por tradición, ni las bestias ni los hombres, y que él botaba allí su acullico para la Pacha y así estaba seguro que "no lo pillaría". (Cuando los pilla la Pacha les salen granos en la planta de los pies). Después tenía que pasar junto a un Ojo mal donde rezaba un Padrenuestro y botaba un terrón de sal, "que le sabe gustar a la Pacha", así —según el ingenuo informante— la fuente depondrá su malhadada furia cuando alguien se acerca a ella, y se convertirá en un pacífico Puquio. Eric Boman trae un caso interesante sobre el tratamiento dado a una persona castigada por El Pujio en El Moreno, en el que intervino la curandera Petrona Alejo. La "médica" prometió curar al peón enfermo, al que el Pujio había retenido el espíritu mediante aguardiente, un poco de coca y una limosna de dos pesos, amén de otros remedios de uso interno y externo. Para que el espíritu volviera al cuerpo había que ir a la fuente, quemar Koha y decir esta plegaria "Hamuini visitaso caicoca apamuni caita convidas-kaike caitamicui caitacoke cacharicui espírituza hamukui. (Yo vengo a visitarte, te traigo esta coca, te ofrezco esta coca, para que la comas y permitas volver a su espíritu).

Hoy día, a cincuenta años de la visita de Boman, pervive el rito con todo su vigor. El culto a la Pachamama preside aún inmutable, aferrado a las piedras de la Apacheta, escapando al sino de una raza que se extingue.

2. LA OBRA ARQUEOLÓGICA DE LUIS ARCH

Hemos dejado la bien guardada Villa de Tinogasta en procura de Fiambalá, población con calles arenosas y hermosos viñedos, enmarcada por la gallarda mole de la Cordillera.

Y hemos aquí ya junto a la Parroquia de Fiambalá, fundada desde hace tres años, donde encontramos al señor Cura Párrero, a quien entrevistamos en la centenaria iglesia.

Nos dice que su jurisdicción abarca 55.000 kilómetros, de los cuales 22.000 son de Tinogasta y 33.000 del antiguo territorio de Los Andes. Anualmente recorre esta vasta comarca desde febrero a octubre, uniendo pueblos que distan a veces siete días a lomo de mula: debe atravesar para ello altas cumbres nevadas, profundos valles e interminables desiertos de arena y sal. Nace su zona de acción en el río de La Troya, donde se extienden las ruinas de una ciudad calchaquí: Batungasta, de hermosa leyenda, por donde dicen que pasó Almagro, camino a la conquista de Chile, y sigue su jurisdicción hasta el límite de La Rioja, Salta y Chile.

En sus andanzas para acrecentar la fe de los humildes pueblos perdidos, ha descubierto importantes yacimientos arqueológicos en Antofalla, Antofagasta de la Sierra, El Peñón, El Jote, Los Ranchillos y Ojos de Agua, lo que le ha permitido reunir alrededor de mil piezas de cerámica precolombina, amén de mascarillas, rodela, buriles, punzones, pinzas, vinchas y pulseras de cobre. Con todo ese valioso material constituirá el museo calchaquí de Fiambalá. Por otra parte ha descubierto una población subterránea precolombina en medio de los médanos, cerca de Palo Blanco. En esta última localidad (y entramos ahora en el terreno de lo folklórico) ha visto "vestir la cruz", es decir, cubrirla con una especie de polleras al salir los feligreses en procesión. Nos informa seguidamente que en El Peñón, Antofagasta de la Sierra, Nacimiento y Antofalla se conservan aún supervivencias de los ritos incaicos, tales como el de "levantar el luto". Y explica seguidamente que aquellos que han perdido un familiar velan

todos los aniversarios un catafalco durante una noche entera, hasta que al otro día, después del funeral, "levantan el luto", es decir guardan el catafalco hasta el próximo año.

En Antofagasta de la Sierra, donde se venera la antigua imagen de la Virgen de Loreto y donde repican las áureas campanas de las Misiones Jesuíticas, y que fueran traídas de Incahuasi, vió el Padre Arch una auténtica danza del fuego o "de las luminarias", según la denominación lugareña, ejecutada en honor de la Virgen. Dicha danza tenía lugar alrededor de una hoguera de rica-rica (lipia astulata), donde al compás de bombo, acordeón y caja giraban rítmicamente los hombres, unas ocho o diez vueltas, portando banderas, entre detonaciones de fusiles a chispa.

Seguimos interrogando a este profundo conocedor del llano y la montaña sobre sus andanzas con la cruz en ristre y nos dice de casos y cosas que nos conmueven por su verismo. Habla pausadamente; en tono menor y en su lenguaje con cadencia catamarqueña faltan por completo los adjetivos. Llegamos al momento culminante de la narración: nos habla de la azarosa travesía de los salares puneños: Antofalla, Hombre Muerto, Cauchari y Arizaro. Allí lo sorprendieron las terribles descargas eléctricas que le hicieron perder el rumbo, quitándole hasta la facultad de rezar. En esos páramos glaucos a 4.000 metros de altura vió erizarse sus cabellos y los pelos de su mula con esa electricidad estática que produce un chasquido especial, llamado chicharra por los lugareños, y que arranca chispas de la cabeza hasta las orejas. Un baqueano que lo acompañaba cierta vez vió morir a tres arrieros de El Peñón fulminados por los "illapas" (rayos). A veces acampó solo en medio de un salar donde pernoctó, notando que en torno a sus ojos se formaban ojeras rojas por un extraño fenómeno físico.

Entre los más queridos recuerdos de este incansable misionero figura el de su entrada a la pequeña población puneña de El Peñón, de unos 150 habitantes. Los sencillos pastores salieron alborozados a recibirlo. Era la primera vez que veían un sacerdote en su comarca.

Debió, por tanto, impartirles los sacramentos y se dió el caso de ser bautizado, confesado, confirmado y casado un mismo individuo. En ese caserío vió apiladas, las bolsas de lana de oveja, en espera del truequero que había de traerles el maíz, base de su alimentación.

El padre Arch ha ido documentando sus viajes con magníficas fotografías que pone generosamente a disposición de todos cuantos estudiosos le visitan. Años atrás, en sus giras por los pueblos calchaquíes y atacamas ha ido acrecentando su caudal de conocimientos educidos del acervo popular folklórico. Así lo corroboran sus numerosas obras totalmente inéditas entre las que se cuentan las siguientes: *El Libro de las Leyendas o Alpacamarca*. (Estudio de la Leyenda diaguita relacionada con la guerra de la Conquista); *Hechos y Casos de la Cordillera* (Sucesos acaecidos en esa vasta zona); *Tras la noche la aurora* (Drama histórico en tres actos. Versa sobre las guerras calchaquíes y la fundación de Catamarca con la historia de la Virgen del Valle); *La venganza coya* (Drama en prosa de carácter costumbrista); *Luz y Montaña* (Poesías calchaquíes). Además ha escrito numerosas semblanzas de Arqueología y Etnografía regional. Para finalizar esta entrevista pedimos al padre Arch que nos hable de su expedición al cerro Ojos del Salado.

Dice que era estudiante en 1948 cuando se le ocurrió escalarlo. No llegó hasta la cumbre pero desde entonces tuvo la convicción de que era el más alto de América. Comenzó a interesar expediciones y a patrocinarlas con su entusiasmo incondicional. Hoy ha asesorado el viaje de los jóvenes del Club Andino Catamarca; mañana asesorará el de los de Tucumán.

Desde Fiambalá, puente de unión con la Cordillera, reza Luis Arch para que el éxito corone la ardua empresa de sus amigos y desde la ventana abierta a las altas cumbres dice en tono reflexivo:

—Está “zondeando” en la Cordillera...

OLGA AUTENCHLUS DE MAIER.

EL ESCÉPTICO Y LA OTRA FILOSOFÍA

I

El escéptico: un hombre que mira afuera, con ojos parálógicos, sube a la cima de una montaña y dice:

Todos los hombres hacen su conveniencia, aunque disfracen la intención con muchas flores. Hay quien oficia de víctima sin arriesgar nada. Hay quien oficia de héroe sin arriesgar

nada. Hay quien espera la recompensa después de haber oficiado de víctima. Hay quien la espera después de haber oficiado de héroe. Hay quien medra con las palabras antes y después de los sucesos. Hay quien medra con el silencio antes y después del acontecimiento. Hay quien se golpea el pecho para que lo tengan por santo. Hay quien levanta el índice acusador para afirmar que el santo es él y no aquel a quien acusa. Hay hombres que militan en el bando de los güelfos por conveniencia. Hay quienes militan en el bando de los gibelinos por conveniencia. Hay quienes no militan en ningún bando por conveniencia. La historia cita nombres de filósofos que enseñaron el desinterés mediante la paga. El tiempo presente nos muestra a los hombres en su interés. Nadie hace nada por nada. Ni el poeta, ni el escultor, ni el pintor, ni el músico, ni el artesano. Todos hacen algo por algo; es decir, por sí.

Por eso el error quiere justificarse después de la caída.

Por eso el acierto condena a los vencidos.

Por eso los vencidos quieren volver a subir para vengarse de sus verdugos. Y por eso olvidan que antes de ser víctimas fueron verdugos de sus verdugos.

II

Pongamos las cosas en orden. Es cierto que el hombre trabaja para sí. Pero tiene más mérito cuando lo hace también en provecho de los otros; cuando modera sus apetencias y las acompaña con el sueño, el amor, la justicia y la libertad.

III

Ahora el escéptico baja de la montaña; y, como lleva en sí el germen del descreimiento, va diciéndose mientras recorre el camino de su casa:

Todos hacen su conveniencia: El oso, que muestra sus dientes polares. Las estrellas, que muestran sus dientes azules. Los países oprimidos. Los negros de Africa. Los habitantes de Oceanía. Todos hacen su conveniencia: unos con el silencio; otros con la amenaza; otros con la complacencia; otros con la esperanza.

¿Y para qué sirven las flores? ¿Para qué las buenas palabras? ¿Y para qué sirve el individuo si no puede poner orden en su casa ni en sus cosas?

Dios no existe, porque si existiera se haría visible.

El hombre no existe, porque hombre es una palabra que no tiene correspondencia en la realidad, y si existiera, Diógenes lo habría descubierto.

Yo no existo porque soy la negación. Y la negación no es ser sino privación del ser; vale decir, nada.

IV

Volvamos a poner las cosas en orden: 1º Dios existe, y se lo ve en todas partes: en el movimiento de los días, en la belleza de las flores, en la ordenación del mundo, en la contradicción de nuestro pensamiento; 2º El hombre existe, aunque no en estado de universalidad, sino de individualidad, en la naturaleza de Juan y Pedro; 3º La incredulidad existe porque está Pedro, que se siente incapaz de aprehender la verdad, y está Juan, que aun palpándola se niega a reconocerla. Por lo demás, todos hacen su conveniencia: el oso, las estrellas, el silencio, la palabra; todos menos el escéptico, el cual, puesto en trance negativo, niega la propia existencia, y duda de que en lo íntimo del hombre pueda alentar el deseo de ser bueno, de no engañarse.

Pero ese deseo existe. Es el que mueve tu interés, amigo lector. Es el que mueve el mío.

SALVADOR MERLINO.

ARTE Y EDUCACIÓN

Dibujos, modelados, juegos simbólicos, canciones, representaciones teatrales, danzas, juegos rítmicos: he ahí los medios de expresión por los que el niño desde su primera infancia pone en evidencia espontáneamente su personalidad. La Biblioteca Popular Ibero Americana realizó numerosos ensayos alentando esas primeras manifestaciones de creación estética y comprobó que los niños necesitan arte, porque son almas humanas vivas que expresan su espíritu con la mayor riqueza de medios. Teniendo en cuenta que existe en el espíritu del hombre un principio creador, y que cuando el niño crea desarrolla sus facultades y aprende inconscientemente, se sometieron sus impulsos a la disciplina estética del ritmo y la proporción, dándole oportunidad de producir la mundificación ordenada de la tensión interior, libertando su expresivi-

dad; en una palabra, se aplicó al niño el proceso psíquico del artista produciendo, teniendo muy en cuenta los últimos adelantos que sostienen que la psique humana es un delicado ajuste de sensación, sentimiento, intuición y pensamiento, y que cada día se afirma más el hecho de que nuestra vida espiritual superior está movida, regulada y dirigida en su mayor parte, por las tendencias e impulsos instintivos.

Con estos ensayos hemos comprobado: desarrollo, refuerzo y afinación de las facultades cerebrales, musculares y nerviosas; mayor dominio, mayor potencia de imaginación, concentración de espíritu más constante; adquisición de la verdadera y auténtica libertad vital; el niño es productor de sus propios gestos, no repetidor de los ajenos. Y así debe ser, pues, como sostenía Platón: "la expresión del orden y de la simetría, penetra por medio del cuerpo en el alma y dentro del hombre entero, revelándole toda la armonía de su personalidad".

Con esta educación se llegará al supremo objetivo de formación humana que coordina lo individual y social en una vida regida por principios de justicia, libertad y responsabilidad. El desarrollo de los sentimientos estéticos logra un despertar de los demás valores humanos. Un pueblo educado estéticamente interpreta rectamente los valores de la virtud y el deber, siente como parte de sí mismo la libertad y la justicia. Al leer grandes autores así como cuando se escucha música selecta, o se contempla una obra de arte, nuestras diferencias raciales, económicas, sociales y confesionales se borran, para coincidir en la orgullosa admiración de aquello que nos hermana y empareja, al menos momentáneamente: la cultura. "Los hombres pueden unirse en la cultura y lograr en ella, lo que la lucha por lo material no proporciona, que es la solidaridad en nombre de lo que, siendo de todos, no tiene un único dueño, ni podría tenerlo. Algún día lograrán los hombres este maravilloso resultado, y entonces se habrá justificado plenamente el ya milenario sueño del poeta, del artista, del filósofo y el científico a saber, unir a los hombres por la gracia de la cultura". Siguiendo las directivas de esta educación los niños de hoy estarán mejor preparados para resolver los problemas del mundo de mañana, pues sabrán usar de la libertad para decidirse ante las diversas posibilidades que se les presenten. Las nuevas generaciones adquirirán las fuerzas morales que las capaciten para la gran obra del porvenir: desenvolver la justicia social en la nacionalidad universal.

LIBERIA ROVERE Y ODDINO.

LOS ÁRBOLES DE LA PLATA

El transeúnte atareado que llega a la zona céntrica de La Plata se siente muchas veces sorprendido por el estridente grito del hornero o el arrullo casi femenino de la torcaz. Olvidado por unos momentos de sus obligaciones puede seguir sobre el césped de algún jardín o de una plaza, los pasos menudos y ágiles de las calandrias, "damas altas", como las llamó el poeta, o simplemente la lid alborotadora de los gorriones. Si una de esas aves se asusta o emprende el vuelo comprobará, cada vez con mayor asombro, que se posa en lo alto de airosa palmera o en los brazos de gigantesca araucaria. Y entonces descubrirá el encanto de las frondas ciudadanas, cuyo sortilegio ha sido tan encomiado.

En otras ocasiones percibirá un perfume que llega de no sabe dónde y desaparece tan súbitamente como ha venido: fragancia evanescente que tiene el dulce misterio de la nostalgia. Son, por supuesto, los tilos, cuyos primeros ejemplares hizo traer de Italia, allá por el año 11 el comisionado Doyhenard. Antiguos vecinos recuerdan haber visto a ese funcionario bajar de su sulky para comprobar, día a día, el progreso de los hermosos árboles. ¡Oh la ciudad patriarcal de antaño!

¿Pero acaso no existe una avenida que parece duplicar el cielo como si fuera un lago? Los jacarandáes que orillan su rambla cubren el pavimento con una alfombra de flores azules mientras sus ramas siguen cargadas de la virginal riqueza.

¿Y los naranjos de la calle 47? Sus frutos de oro asomando entre el verdor oscuro, parecen hablar de una eterna primavera.

Hay una anécdota que quiero contar antes que se me escape de la memoria como el aroma de los tilos. Rodeando la Universidad existen, como se sabe, magníficos árboles: grevillea robusta, cedro del Líbano, abetos, dos taxáceas, una masculina y otra femenina, mirtácea frutal, cupresus Sp., cedrus atlántica, pittosporum undulatum. Pues hubo en el año 20 o 22 un rector que se empeñó en derribar varios de esos ejemplares. Y los estudiantes de entonces —¿lo creeréis?— amenazaron con una huelga si se cumplía el sacrilego propósito. Los árboles siguen de pie.

Los malavenidos pueden tomar ejemplo de dos palos borrachos que perpetúan, en el espacio verde del edificio del

ministerio de Educación. una unión hasta la muerte; su recíproca fidelidad es realmente conmovedora en estos tiempos. Pero hablemos un poco del Bosque. El gran Sarmiento tuvo que ver y mucho, en su formación. Como que fué el primero que introdujo en el país, en 1858, directamente de Australia, semillas de eucaliptus, según lo expresa D. Carlos Heras en su estudio "Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad". El ilustre sanjuanino regaló aquellas simientes a D. Ch. Verecek, jardinero de D. José Gregorio Lezama, quien se encargó de las plantaciones hechas en la estancia San Juan, de D. Leonardo Iraola.

Digamos también cómo, aparte de esa coincidencia que liga el nombre del maestro al tradicional paseo de La Plata, Sarmiento demostró dedicación ejemplar por dicha arboleda. En noviembre de 1882, D. Francisco Mauduit ideó un parque adherente a la capital de la Provincia, y Sarmiento, al comentar tal proyecto, expresaba que La Plata había tenido la suerte de nacer al lado de un bosque cuyos 60 mil eucaliptus "dan tela en qué cortar para un parque en que el futuro pueblo platense tenga un paseo público".

En carta al director del Museo, D. Francisco P. Moreno, formuló posteriormente un plan completo para embellecer el bosque de eucaliptus.

La plantación que originó el parque fué realizada por don Bernardo Iraola, quien fundó su estancia San Juan en 1869. Tratábase de una especie de cordón sanitario que dividía lo que después sería La Plata, de los bañados de la Ensenada.

La entrada al establecimiento estaba formada por una ancha avenida de eucaliptus de 4 kilómetros de largo que empezaba en Tolosa y continuaba por lo que hoy es la calle 1 hasta llegar al casco de la estancia (actual paseo del Bosque).

La avenida 52, de 1 a 122, se hallaba bordeada por dos hileras de álamos de la Carolina, algunos de cuyos hermosos ejemplares aún se conservan. Dicha avenida comunicaba con la central de eucaliptus (Iraola), por una calle poblada de motivos escultóricos, que es hoy la avenida Centenario.

A la margen derecha de la calle central, frente al Observatorio Astronómico, se encontraba la casa-estancia, rodeada de jardines y arboleda.

Muchos y hermosos árboles adornan el paseo, pero, enumerarlos sería tarea engorrosa.

Al adquirirlo la Provincia para convertirlo en paseo público, el monte de eucaliptus ocupaba una superficie de 241 hectá-

reas, 25 áreas y 64 centiáreas, y se extendía desde 44 a 60 y de 1 a 122. En 1940, esa superficie se había reducido a 706.000 metros cuadrados. Poco queda por decir ante lo gráfico de la comparación. El bosque debe ser recuperado para beneficio de La Plata, cuya población aumenta en forma considerable.

El Jardín Zoológico tiene todavía un magnífico conjunto de árboles y plantas, como que es su principal encanto, a pesar de lo mucho que se ha perdido. Recordemos, por ejemplo, que poseía una valiosa colección de cactus que perteneciera a Spegazzini. Liberados de los alambres que los protegían, esos ejemplares fueron desapareciendo poco a poco.

Por su parte, el doctor Marelli, que durante su actuación se esforzó en llevar a la práctica el concepto dual de jardín y zoológico, mandó traer del Brasil una colección de ochenta variedades de eucaliptus que cultivó con todo cariño en macetas y fué luego trasplantando a lugares apropiados. Los ejemplares se fueron perdiendo por falta de cuidado o se enviaron a otros lugares de la Provincia y ahora han quedado reducidos a unos pocos.

El parque Saavedra, con ocho manzanas de superficie, sirve de pulmón a un extenso y progresista barrio por su amplitud y magnífica vegetación. Primitivamente existía allí un vivero municipal que, conjuntamente con el ubicado frente al hipódromo produjo, durante los inviernos de 1908 y 1909, treinta mil árboles que fueron distribuidos convenientemente dentro de la zona urbana.

En 1911, se proyectó la formación de un jardín botánico, incorporado al vivero, iniciándose los trabajos con el trazado de canteros y el ensayo de aclimatación de innumerables especies de plantas del país, tales como lapacho, timbó blanco y colorado, urunday amarillo y negro, ibirapitá guazú, etc.

La plaza Rivadavia, situada frente al Bosque, se caracteriza por la hermosura de sus añosos árboles, casi todos plantados en 1912, y que están ubicados en la siguiente forma: En los contornos de la plaza, sobre 51 y 53, castaños de la India; sobre 1, plátanos de sombra, y sobre 2, tilos *Tilia Cordata*. En distintos lugares se aprecian varias especies de palmeras, entre las que figuran: *Chamaerops excelsa*, palmera yatay, *Coccus romanzofiana* y *Pritchardia filamentosa*. Mirando hacia la calle 2, una por 51 y otra por 53, se observan dos palmas de dátiles. Próximas a éstas hay dos palmeras *Phoenix*. En otros sitios crecen pinos Brasil y *Araucaria angustifolia*. También se puede admirar una *Criptomeria* japónica y cerca de

ella una conífera china. Sobre la parte central existen cuatro hermosos cedros, una *Araucaria bidwillii*, varios pinos y cipreses. Mirando a la calle 1 y más cerca de 53, se advierte un ginkgo biloba y sobre 1 y 51, un pino canadiensis. En varias partes hay ejemplares de thuyas y cerca de 51 existe un timbó o pacará. Allí mismo pueden observarse ejemplares de falsa caoba y acercándose a 51 y 2, se ven varios fresnos. También existen, para apartarnos del detallismo, ejemplares de ligustro, jacarandá, magnolia, adelfa o laurel rosa, cordyline indivisa, etcétera.

La lista de árboles de plazas y jardines podría extenderse en forma interminable. Lo mismo ocurre con las calles, muchas de las cuales se caracterizan perfectamente según sean los ejemplares que les sirven de ornato.

Y a todo esto ¿qué dicen los poetas? Porque una ciudad que posee tales tesoros es indudable que merece agradecimiento.

"Por la calle 1, que es la que más tránsito —escribió Martínez Estrada— veo, de mañana, este renovado espectáculo de tanta claridad. En cualquier estación del año son los árboles mi distracción y compañía en el trayecto. Señalan la ruta del bosque donde se desparraman. Los conozco bien y nunca me cansan, desnudos o cubiertos de follaje. Al pasar bajo ellos los contemplo sumergidos en esa claridad pródiga y ése es el camino alto que recorro". Y esto otro: "Están los amplios parques y plazas, las anchas avenidas con árboles que atemperan las perspectivas y echan sobre las lajas la sombra perfumada de naranjos y tilos; entre ellos se abre un ámbito generoso; a sus flancos se alzan con altura adecuada, los edificios en convivencia equitativa y hacia arriba promueven una armoniosa fractura de las líneas de los techos que se imbrican con las de las ramas, resaltando en la vasta luz que todo lo impregna".

En la poesía de López Merino aparecen como un transfondo de su tristeza: Angustia persistente de una rama quebrada, / junto a las otras ramas que bajo el sol despiertan; o bien: Amo el silencio humilde de esta calle, / ennoblecida de árboles serenos, / por donde caminé tantos domingos / con mi pequeño huerto de recuerdos.

María de Villarino dice, a su vez: "Es la avenida diagonal que sabe, en primavera, vestir su rambla con lilas silenciosas de jacarandaes; y en otoño, sus calzadas, con ocre de plátanos que, rumorosos, se despojan de su oro".

Y Rafael Alberto Arrieta toma también parte en el coro de alabanzas: "Vecinos al parque, en la plazoleta Rivadavia, pequeña ágora de grandes y exóticos ejemplares, os reciben los cedros monumentales: nivelan sus aleros de pagodas en hiladas que suben hasta las cumbres cónicas y aseguran la paz —¡a dos pasos del Departamento de Policía!— la paz del espíritu, en la ciudadela vegetal. Mas si queréis espolvorearos de cielo, id a la plaza San Martín, donde el jacarandá más bello y pródigo de la población se desnuda cerca de una galería de magnolias.

"Acacias, tipas, paraísos, plátanos, áceres, flaquean calles y calles de la ciudad. Alguna se engalana con olmos, otras con fresnos. Eran los balsámicos tilos privilegio de una sola avenida —Unter den Linden—; ahora se alínean vulgarmente en otras. Palmeras y laureles se hermanan en jardines públicos y privados. Veréis, en barrios distintos, el ramaje simétrico de las araucarias. Y en cierto lugar céntrico, sobre la verja ruinoso de un rincón de selva, osado alcornoque asómase a la calle y brinda su sombra al transeúnte".

El alma de la ciudad, esa alma que le transfunden los habitantes con sus hábitos, con sus viviendas, con sus sueños, está como transida de ramajes, de flores, de perfumes. No parece sino que el Bosque, tan raleado después de sucesivos ataques, quisiera extenderse hacia todos los confines, imperativo y vengador. Lo cual está muy bien, aunque sea la mano del hombre la que lo conduce hacia los cuatro puntos cardinales en un majestuoso oleaje de frondas.

ROBERTO SARAVÍ CISNEROS.

	Pág.
Salvador Canals Frau	1
Ítalo N. Constantino	16
Cosme Lázzaro	20
Jean Babelon	27
Enrique de Gandía	35
Dora de la Torre	49
Arturo Marasso	56
Gillo Dorfles	69
Paúl Henri Michel	76
Zulma J. Ageltos de Castellanos	90
Pierre M. Schuhl	93
Otto Seel	98
Belindo A. Torres	102
Francesco Flora	107
Jacques Nicolle	115
Mabel C. Eliggi	118
M. Ofelia Ocampo de Pera	122
Prudencio C. Soto	125
René Boirel	133
Ricardo G. Mandolini Guardo	137
M. Teresa A. de Fernández Obieta	143
Iris Acacia Ibáñez	149
Juan Valera	151
Jules Renard	156
J. B. Ambrosetti	157
J. S. Douglas	159
Jorge Guasch Leguizamón	163
H. Chambrón y M. Dejean	166
Augusto Malaret	169
M. Ángela Sanguineti de Martinsen	179
Vicente García de Diego	184
Pierre Gulraud	186
Balbanera Raquel Enríquez	189
Haydee C. Blotto	191
Mabel Clelia Eliggi	195
Enriqueta Muñiz	196
María Colomba Bolaños	198
María Teresa Maiorana	201
Carlos A. Foglia	203
Zulma Núñez	205
J. F. Flinó	207
La Dirección	209
La Dirección	210
Margarita Villegas Basavilbaso	211
Olga A. de Maier	217
Salvador Merlino	224
Liberia Rovere y Oddino	226
Roberto Saraví Cisneros	228
Los negros en la etnogénesis argentina	
Los parques nacionales y su acción sobre la formación del hombre	
Estrellas perpetuamente visibles (circumpolares)	
El retrato	
Las ideas políticas de Juan de Solórzano Pereira	
La pintura no figurativa	
Centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo	
Bosco	
El antiguo pitagorismo y las magnitudes irracionales	
Un mundo minúsculo y maravilloso	
Naturaleza y artificio	
Lo representativo ciceroniano	
Investigaciones entomológicas	
El arte petrarquista	
Botánica y simetría	
Enseñanza agrícola	
Cómo suprimir la copia en la escuela	
Nuestra escuela pública y el momento actual	
La invención técnica	
Los métodos de la Psicología	
Sociedad, Estado y Música	
La enseñanza de la Literatura	
La primavera	
Una familia de árboles	
El farol	
Jardines del océano	
Apuntes semánticos	
Psicología del Lenguaje	
El proceso de la puntuación	
El voseo en la escuela	
La imprecisión, sino fatal del lenguaje	
Semántica de la expresión	
Paúl Henri Michel, De Pythagore à Euclide	
Len Howard. Los pájaros y su individualidad	
Víctor Tau Anzoátegui, Orígenes de la enseñanza primaria en la campaña de Buenos Aires	
Roger Godel, Ensayos sobre la experiencia liberadora	
Música y Educación	
Congreso internacional por el latín vivo	
Orientación artística	
Los inventos modernos	
Presente y porvenir de las bibliotecas argentinas	
Los mármoles de Egina	
Los nombres geográficos	
Una lección	
Excursiones arqueológicas	
El escéptico y la otra filosofía	
Arte y educación	
Los árboles de La Plata	

Bien sé yo que hay cierto género de trabajo erudito, muy honrado y respetable a no dudar, que de ningún modo está vedado al más prosaico entendimiento cuando tenga la suficiente dosis de paciencia, de atención, de orden y, sobre todo, de probidad científica, sin la cual todo el saber del mundo vale muy poco. Aplau- do de todo corazón a los tales, y procuro apro- vecharme de lo mucho que me enseñan; pero nunca me avendré a que sean tenidos por maestros eminentes, dignos de alternar con los sublimes metafísicos y los poetas excelsos, y con los grandes historiadores y filólogos, los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los autores de catálogos y bi- bliografías, los gramáticos que estudian las formas de la conjugación en tal o cual dia- lecto bárbaro e iliterario, y a este tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísi- mos, beneméritos en la república de las letras; pero que no pasan ni pueden pasar de la ca- tegoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo. La historia literaria, lo mismo que cualquier otro género de histo- ria, tiene que ser una creación viva y orgá- nica. La ciencia es su punto de partida, pero el arte es su término, y sólo un espíritu mag- nánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella es- tética.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Discurso leído en la Academia Española, 1907.